

Arqueología neo-procesual: ‘*Alive and kicking*’. Algunas reflexiones desde el Paleolítico

Neo-processual archaeology: ‘Alive and kicking’. Some thoughts from the Palaeolithic field

Manuel DOMÍNGUEZ-RODRIGO

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Profesor Aranguren, s/n. 28040 Madrid
m.dominguez.rodrido@gmail.com

Recibido: 08-01-2008

Aceptado: 12-03-2008

RESUMEN

Recientemente se ha vuelto a poner de moda denostar la vertiente procesual de la arqueología, sustituyéndola por marcos referenciales subjetivistas y alejados del proceder científico. Dicha actitud se ha justificado de varias maneras pero destaca un uso parcial (y a veces maniqueo) de los fundamentos de la Nueva Arqueología, una concepción errónea de la corriente de la filosofía de la ciencia en el que la arqueología procesual se inscribe y una falta de justificación epistemológica de varios planteamientos posprocesuales. En el presente trabajo, se discute la vigencia del procesualismo en el ámbito del Paleolítico.

PALABRAS CLAVE: *Arqueología procesual. Epistemología. Realismo científico. Paleolítico.*

ABSTRACT

A recent trend of criticizing processual archaeology is academically popular these days. Alternative theoretical scenarios try to replace it with subjective referential frameworks in contradiction with the scientific method. Some post-processual theories are frequently based on a partial (and sometimes biased) use of the basic concepts of New Archaeology, a flawed conception of the school of philosophy of science to which processual archaeology belongs and a lack of epistemic justification of several post-processual ideas. In the present work, the validity of processualism applied to Paleolithic archaeology is discussed and reassessed.

KEY WORDS: *Processual archaeology. Epistemology. Scientific realism. Palaeolithic.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. La variabilidad de enfoques procesuales. 3. Arqueología procesual y filosofía de la ciencia.

1. Introducción

Enfoques posprocesuales han escrito ríos de tinta sobre la aparente defunción de la arqueología procesual y su sustitución por alternativas menos dependientes del criterio de objetividad. Esta reacción académica, producto de la expansión del posmodernismo, con la aparición de arqueologías tan variadas como la estructuralista, la marxista, la teoría radical, el contextualismo, o la reciente arqueología simétrica (véase el último número de *Complutum*), introducen un gran dinamismo en nuestra disciplina, pero la mayor parte de estos enfoques cuestionan un principio básico de la misma, introducido por la Nueva Arqueología, como es su carácter de ciencia según se define epistemológicamente en las corrientes mayoritarias durante el siglo XX en la filosofía de la ciencia.

La Nueva Arqueología introdujo conceptos nuevos, como que nuestra disciplina debía abandonar esquemas normativistas de la cultura y el enfoque hiper-empírico de la seriación de objetos, sustituyéndolo por un estudio de procesos conductuales (de ahí el término de “procesual”) que sólo podían ser interpretados desde la utilización de un método hipotético-deductivo consistente en hipótesis contrastables y cuyos resultados debían ser comprensibles a través de marcos referenciales. Para estos últimos tuvo gran relevancia el desarrollo de la Teoría de Alcance Medio (Binford 1978, 1981). Semejante concepto de ciencia, perfectamente definido a través del llamado realismo científico (Popper 1956, 1965, 1972; Lakatos 1978) o realismo científico crítico (Toumela 1973; Niiniluoto 1987, 2002) constituye el eje regulador de la praxis de las llamadas ciencias duras o ciencias naturales. Los principios que guían el desarrollo de la Física, la Química, la Biología, la Medicina, la Matemática y las disciplinas híbridas de estas ciencias están basados en semejante concepción del proceder racional. Dicho conjunto de conceptos definitorios de ciencia quedan recogidos en la mayor parte de las publicaciones científicas de impacto que forman parte del *Citation Index*, cuyos criterios se están progresivamente aplicando en las políticas de evaluación de la investigación en una gran cantidad de países industrializados. La misma estructura de dichas publicaciones (consistente en la introducción de un problema, un método de análisis compuesto por premisas comprobables, una presentación de resultados y su interpretación en función de marcos referencia-

les definidos) es una clara plasmación de los principios teóricos que regulan dicho enfoque racional. Es significativo que las crisis teóricas que sacuden periódicamente a la arqueología contrasten con la aparente estabilidad teórica (que no inmovilismo) de dichas ciencias. Igualmente y en un claro gesto Foucaultiano (Foucault subraya la influencia de los círculos de poder en la dinámica académica) puede afirmarse que la implantación de esta política de evaluación científica usando el *Citation Index* es parte de un proceso de globalización que afecta al ámbito académico, puesto que la mayor parte de dichas publicaciones están gestionadas desde y por la Academia anglosajona. No obstante, pese a lo pernicioso de dicho proceso (que hace que las ideas del ámbito anglosajón tengan más fácil divulgación y aceptación que las producidas fuera del mismo), el fundamento científico que regula en origen el proceso sigue siendo epistemológicamente válido.

Buena parte de las arqueologías post- y anti-procesuales cuestionan el principio de la búsqueda de la verdad subyacente a este enfoque, como concepto inaprensible, y lo sustituyen por enfoques en los que la subjetividad cobra preeminencia, deshaciéndose de criterios de demarcación e incrementando el rango de variabilidad interpretativa hasta límites donde lo físico y lo metafísico pueden llegar a confundirse. Un hecho curioso es que la mayor parte de voces críticas con el procesualismo proceden de la Prehistoria reciente. Esto contrasta con la totalidad de la praxis arqueológica, donde puede decirse que bajo ninguna justificación puede manifestarse el óbito del procesualismo cuando éste constituye una de las dos tendencias mayoritarias en la arqueología paleolítica, que a su vez se encarga de la mayor parte del registro arqueológico según se concibe cronológicamente dentro de su contexto evolutivo. Mirado desde este punto de vista, podría incluso afirmarse que el enfoque procesual es uno de los más prominentes en nuestra disciplina. Desde la aparición de la Nueva Arqueología, el marco histórico-cultural se cultiva en conjunción con el procesual en el ámbito del Paleolítico, con diferencias regionales, pero con un predominio del segundo en las áreas de influencia anglosajona. Aproximaciones al Paleolítico desde otras vertientes teóricas, como la marxista, son muy marginales y profundamente marginadas (véase Estevez y Vila 1999) y la estructuralista sólo se ha aplicado al estudio del arte rupestre. Producto de las diferencias conceptuales entre enfoques procesuales y anti-procesuales (uno de

ellos precisa definirse como científico –en el mismo sentido de las ciencias naturales– para su supervivencia y el otro no), la consideración académica general de ambos es marcadamente distinta. Mientras que el enfoque procesual encuentra relativamente fácil acomodo en las publicaciones del *Citation Index* para su divulgación, el histórico-cultural no. Esto sirve de preámbulo para señalar que mientras que la arqueología procesual ha sido admitida en el club de las disciplinas científicas, los enfoques alternativos tienen mayores dificultades para ser aceptados. No es por ello de extrañar que si contabilizásemos el número de publicaciones de mayor impacto que genera la arqueología en su acepción general, la balanza quedaría descompensada de manera significativa hacia proyectos de investigación paleolíticos o partes analíticas de otras líneas de investigación que siguen los mismos criterios definidos arriba. Esto subraya el divorcio existente entre la arqueología paleolítica y la arqueología reciente, especialmente, la protohistórica.

Para explicar en parte esta segregación y entender la crítica al paradigma procesual opino que existen tres factores relevantes: los excesos teóricos y metodológicos de algunas vertientes procesuales, la confusión conceptual de la variabilidad procesual con el esquema sistémico más mecanicista, y un conocimiento incompleto de epistemología cuando se intenta explicar la Nueva Arqueología desde la filosofía de la ciencia.

2. La variabilidad de enfoques procesuales

El influjo de la ecología conductual de Steward en los cimientos de la Nueva Arqueología, en lo que bien podría llamarse la fase optimista de esta vertiente teórica, sirvió de base para unos planteamientos sistémicos de la cultura como expresión de la adaptación humana al entorno, en la que las tres esferas principales de la misma, la simbólica, la social y la subsistencial se entendían dentro de un esquema reduccionista de relaciones e interdependencia entre los tres sub-sistemas (Watson *et al.* 1971). Esto condujo a un concepto jerarquizado de los sub-sistemas social y simbólico dependiendo en primera y última instancia del sub-sistema subsistencial, del cual eran un producto derivado. Este esquema, promovido entre otros por Binford, entró en crisis en parte antes de la crítica posprocesual debido a las inconsistencias internas con la línea epistemológica del pa-

radigma: buena parte de los postulados del que dependía, sobre todo para enlazar las esferas social y simbólica con la subsistencial, carecían de justificación empírica. Pese a los intentos insistentes de Binford (2001) en su más expresivo compendio al respecto (*Constructing frames of reference*)¹ en perpetuar esta aproximación, lo cierto es que un vistazo retrospectivo a la tradición procesual pone de relieve que la mayor parte de arqueólogos procesuales en el Paleolítico se han ocupado mucho más (en general se podría incluso afirmar que casi exclusivamente) de la esfera subsistencial que de las esferas sociales y simbólicas, precisamente porque eran incapaces de encontrar la misma ligazón empírica en estas últimas que en la primera. Por ejemplo, reconstruir las conductas de selección de animales, estrategia de obtención (cinegética u oportunista), transporte a asentamientos y potencial funcionalidad de los mismos es más fácil de justificar desde un punto de vista empírico y epistemológico que el carácter de las relaciones sociales de un grupo o su concepción simbólica del mundo en que vivían, por importante que estos elementos fueran en la expresión conductual del grupo. Un vistazo somero a las publicaciones arqueológicas en *Journal of Human Evolution* o *Journal of Archaeological Science* de los últimos 15 años muestra el predominio abrumador en los artículos paleolíticos de trabajos de corte subsistencial y experimental.

No es de extrañar la reacción de los arqueólogos de la protohistoria para quienes las esferas social y simbólicas eran/son mucho más importantes que la subsistencial. Sin embargo, en la crítica posprocesual frecuentemente se obvia que la arqueología procesual nace con una agenda evolucionista (en sus orígenes de claro corte darvinista) en la que la cultura se concibe como un medio extrasomático de adaptación (Binford 1962) y el objeto de la disciplina como el estudio del comportamiento humano como expresión de formas de subsistencia y su adaptación al medio (Wylie 2002). Es decir, que la esfera subsistencial se convierte en el objeto de estudio que mejor puede tratarse científicamente. Si se prescindiera de dicho objetivo, entonces es imperativo acudir a un nuevo posicionamiento teórico. Esta razón justifica las diferencias (frecuentemente abismales) entre la arqueología paleolítica y las otras arqueologías. La primera tiene como preocupación central en buena parte de sus periodos cronológicos más antiguos la concepción física de los procesos de formación del registro que tienen su

causalidad en agentes físicos y bióticos (muy a menudo, no antrópicos). Luego, se interesa por el componente adaptativo de lo humano una vez claramente detectado en el registro. De este modo sería acertado afirmar que para una corriente importante del Paleolítico, no hay arqueología científica sin tafonomía y esta última es la mejor expresión de aproximación científica al registro ya que sus fundamentos procesuales² solo son justificables desde la contrastación y abandono de axiomas mediante el uso del enfoque hipotético-deductivo. Una parte importante de la arqueología paleolítica moderna no intenta penetrar en la mente de los homínidos y sólo de manera tangencial se acerca a la esfera social y cuando lo hace intenta abarcar aquellos aspectos de lo social que tienen una interrelación profunda con los modos de subsistencia (Gamble 1999). El rango de preguntas que formula se vertebra en torno al papel que los homínidos tuvieron en la formación de los yacimientos con respecto a otros agentes y qué se puede decir a tenor de lo preservado sobre su subsistencia, retornando al enfoque nuclear original de la Nueva Arqueología. A preguntas distintas corresponden aproximaciones diferentes y en la actualidad, el procesualismo clásico ha dado lugar a una corriente neo-procesualista menos ambiciosa en cuanto a la reconstrucción holística de la cultura se refiere pero más preocupada por justificar sus interpretaciones de acuerdo con los principios del realismo científico (Domínguez-Rodrigo *et al.* 2007).

Cuando se habla de arqueología procesual, rara vez se discrimina entre sus diferentes versiones (véase para un punto de vista similar la recogida en Wylie 2002). Binford y Binford (1968) distinguían entre diferentes generaciones de nuevos arqueólogos y con ellas de una evolución y a veces divergencia ideológica. Aberle (1968) expresaba sus críticas al carácter reduccionista del tratamiento procesual de la esfera social, Deetz (1970) proponía un desarrollo etnoarqueológico previo a la interpretación arqueológica, para poder usar los principios cognitivos observables para hacer interpretación social e ideológica en el pasado (Gould 1978, 1980), mientras que Schiffer (1975) objetaba que dichas esferas eran por lo general inaprehensibles y proponía un enfoque más tafonómico-adaptativo; Flannery (1973) mientras participaba del sustrato procesual cuestionaba el enfoque sistémico del mismo en su versión más extrema; enfoques más contextuales y antisistémicos aparecen también con Read y Le-

Blanc (1978), pese a manifestar que toda explicación arqueológica se basa en descripciones de regularidades empíricas en un claro gesto procesual. La década de los 70 y los 80 marcó un momento de reflexión y escisión en el que por un lado unos renegaron del positivismo de algunas corrientes procesuales apareciendo enfoques sustantivistas (Aldenderfer 1991) mientras que otros intentaron reforzar la parte más científica creando una arqueología más analítica (Clarke 1968, 1972). La diversidad de enfoques procesuales era tal, que como señala Wylie (2002), el mismo Clarke (1972) apoyó la pluralidad de formas y enfoques con tal de que todos mantuvieran su rigor. Clarke (1972) junto con otros (ej., Doran y Hodson 1975), se situaron en la vanguardia de procesualistas partidarios de cercenar el alcance de las preguntas arqueológicas que podían responderse con rigor científico en un claro intento de desmarcarse del enfoque sistémico tradicional de la Nueva Arqueología.

En definitiva, del mismo modo que sería injusto y desacertado criticar genéricamente todos los contenidos de la arqueología posprocesual por estar integrada por pluralidad de formas de pensamiento (varias de ella divergentes), hacer una crítica de los contenidos generales del procesualismo adolece de similar defecto. Unas formas de procesualismo son empíricas y otras más sustantivas; unas son culturalmente sistémicas y otras no; unas son de amplio espectro (abarcando todas las esferas de la cultura) y otras se limitan al estudio de la subsistencia y de la organización social relacionada con la misma. Cabe recordar que por criticable que pueda ser la aplicación de las versiones más extremas de procesualismo, lo que la crítica posprocesual no ha conseguido es desechar el paradigma por demostrar que es erróneo, sino superarlo por la implantación de paradigmas opuestos que tienen más que ver con la sociología de la ciencia que no con la filosofía de la misma, en clara expresión de dinámicas académicas donde los círculos de poder son hegemónicos sobre la heurística de las ideas.

3. Arqueología procesual y filosofía de la ciencia

El tercer elemento en el que varias de las críticas al procesualismo se apoyan, es en una interpretación que puede resultar perniciosa, por no decir inexacta, de criterios epistemológicos en los que el procesualismo está basado. Es frecuente relacionar al

procesualismo con el positivismo lógico (Zeitlin 1990; para un ejemplo más reciente publicado en Complutum véase Moro 2007). En indudable que el procesualismo tiene un enfoque positivista o empírico, pero éste no guarda mucha relación con lo que en filosofía de la ciencia se conoce como positivismo lógico clásico. La implantación de este paradigma epistemológico con el Círculo de Viena en su origen promulgaba el uso del método inductivo siguiendo el criterio wittgensteiniano de verificación (todas las teorías son verificables). La crítica del realismo científico en su mejor exponente (Popper) centrada en la oposición a la lógica inductiva y a su sustitución por la lógica deductiva, en la que las teorías se conciben como imposible de verificar, pero si de falsear generó uno de los debates epistemológicos más fructíferos en el siglo XX. Uno de los mejores exponentes del Círculo de Viena (Carnap) admite dentro de este debate que la verificación absoluta no existe y que debe admitirse como confirmación progresiva en fases protocolares: lo único que puede decirse es que las teorías se confirman paulatinamente con el incremento del conocimiento. Aparece el concepto de grado de confirmación tomado del grado de corroboración de Popper. Estas posiciones opuestas muestran posicionamientos radicalmente diferentes: en el positivismo lógico la inducción relega al observador a un papel pasivo y se admite que el conocimiento del mundo puede ser no real al no existir ningún criterio de seguridad de que nuestra percepción no sea idealista. El realismo científico rechaza esta idea y manifiesta que existe un mundo real (independientemente de como lo percibimos) y que este mundo real es cognoscible. Para ello, el observador adopta un papel dinámico ya que nuestra capacidad de acercarnos a la realidad depende de cómo formulemos hipótesis y como seamos capaces de ponerlas a prueba (criterio de demarcación). La deducción suplanta a la inducción, las hipótesis cobran más relevancia que las teorías (ya que son en primera instancia los soportes una vez contrastados sobre los que las teorías se asientan) y la manera de acercarse a la verdad es contrastar el contenido explicativo de hipótesis opuestas. La metáfora binfordiana de que después de pasar una tarde completa mirando un yacimiento los datos no condujeron inductivamente a ninguna interpretación del mismo es un claro ejemplo de rechazo de la esencia del positivismo lógico clásico por parte del procesualismo (Binford 1981).

De hecho, el paradigma epistemológico en el que está basado el procesualismo es el principal crítico del positivismo lógico³ y muy bien podría definirse como pospositivista (Wylie 2002). La confusión puede partir del hecho de que algunos procesualistas (p. ej. Watson *et al.* 1971) se apartan de la estructura lógica al no distinguir entre reconstrucción y explicación y hacer suyo el principio de simetría de Hempel. Hempel lleva la lógica deductiva dentro del positivismo a su mejor extremo, estableciendo un balance entre inducción y deducción. Ambas proporcionan un vínculo entre procesos empíricos y proposiciones. Sin embargo, pese a estas semejanzas con el realismo científico, su concepto de lógica va asociado con el concepto de ley (los hechos se explican solo dentro de leyes), la explicación deductiva y la inductiva tienen una correspondencia desigual, y no establece una frontera clara entre observación y teoría. Además su concepto de confirmación contrasta con el concepto de verdad en el realismo crítico. En contraste con el positivismo lógico clásico, Hempel no distingue entre términos teóricos y términos derivados de la observación. Otorga prioridad a la inducción en el conocimiento contrastable y critica el enfoque deductivo de que la teoría tenga un correlato empírico. Para Hempel, las afirmaciones derivadas de la observación no sólo no están vinculadas –de manera justificativa– directamente con la teoría, sino que es imposible justificar la existencia de puentes –mediante la deducción– entre hechos observados independientemente. Una de las consecuencias de este posicionamiento es que las teorías están exentas de contenido empírico. La distinción entre afirmaciones analíticas y sintéticas (empíricas y teóricas) va en contra de lo observado en el realismo científico para el cual no existe divorcio entre lo empírico y lo teórico, dependiendo lo primero de lo segundo.

En el realismo científico, el axioma de partida es la afirmación de que existe un mundo real ajeno al observador que es cognoscible más allá de lo justificable empíricamente ya que los hechos observados y las proposiciones teóricas que los explican están íntimamente relacionados (en contra del positivismo). Mientras que el positivismo lógico hempeliano nos dice que no hay manera de verificar ninguna teoría por estar exenta de contenido empírico, el realismo científico tiene un compromiso epistemológico manifestado en que toda teoría tiene un contenido determinado de verdad verificable a través de su contenido empírico. Dicho contenido

se verifica por la causación (concatenando tanto hechos analíticos como proposiciones teóricas) en contra de lo sostenido por el positivismo lógico (Bunge 1982). El positivismo lógico de Hempel no busca la verdad, la considera como inaprensible y dependiente en gran medida de la observación, mientras que la búsqueda de la verdad es el objetivo fundamental del realismo científico, como entidad real, objetiva y ajena al observador, cuyo sesgo debe ser corregido por el método científico.

Una lectura profunda de del fundamento teórico de la mayor parte de procesualistas sistémicos (sin lugar a dudas con Binford como el mejor exponente) muestra que el procesualismo de la Nueva Arqueología “*diverged sharply from the deductivist models of explanation and confirmation associated with such latter-day exponents of logical positivism/empiricism as Hempel*” (Wylie 2002: 81). La manera de adquirir conocimiento mediante la elaboración de hipótesis, métodos de contrastación y análisis a través de marcos referenciales para los cuales se elabora toda una teoría particular (*middle-range research*; teoría de alcance medio), muestra un posicionamiento a juicio de Wylie (2002) anti-positivista (en el sentido del positivismo lógico) y realista dentro de un concepto causalista. En esencia, esa jerarquización del pensamiento es la descrita por los filósofos defensores del realismo científico. El procesualismo es dinámico, intenta explicar en vez de describir, y se encarga de estudiar procesos. La elaboración de modelos es la parte esencial (Aronson *et al.* 1995) y el conjunto de hipótesis que elabora las genera desde modelos conductuales apriorísticos que luego dejan de tener consenso cuando la contrastación los señala como fallidos. El hecho de que el procesualismo esté inserto en el realismo científico y no en el positivismo lógico explica de paso la facilidad con la que la investigación realizada según estas premisas encuentra publicación en las revistas de *Citation Index*, dado que es el realismo científico el paradigma que regula la praxis de las ciencias naturales.

Esta carencia apreciativa de relacionar el procesualismo con el positivismo lógico en vez de con el realismo científico también conduce a concepciones poco acertadas del concepto de ciencia. Recientemente, Moro (2007) hablaba de perspectiva estrecha y ancha de la filosofía de la ciencia. Equiparaba la primera con el positivismo lógico⁴ y la segunda con renunciar al concepto de verdad, la coherencia, la inducción o la deducción, dando cabida a toda una

pluralidad de enfoques independientemente de las contradicciones que puedan tener entre sí. Es decir, tirando a la basura los criterios de demarcación. La filosofía del ciencia así concebida no sería tal, sino una rama más de la sociología de la ciencia y la consecuencia coherente de dicho planteamiento es que dentro de la misma tendrían la misma validez epistemológica tanto cualquier enfoque teórico conocido como posicionamientos estrictamente metafísicos. Al no existir criterio de demarcación uno renuncia a validar un enfoque sobre otro y en gesto coherente se deberían admitir igual de válidas una interpretación del origen de las pirámides de Giza basada en los textos históricos y las aducidas por ciertos ufólogos. Esto aplicado al campo de las ciencias naturales tendría consecuencias desastrosas. El parecer de un curandero tendría la misma consideración epistemológica que la de un cirujano cardiovascular. Renunciar al concepto de verdad: imaginen los lectores las consecuencias que semejante actitud generalizada tendría en nuestra sociedad. Estos extremos de relativismo pueden conducir al absurdo de admitir que el concepto animista de la luna que pueda tener un bosquimano es igual de real que el de un astrofísico. Como decía Dawkins, llévese estos conceptos al extremo práctico: subamos un promotor de estas ideas a 10.000 m. de altura en un avión y amenacemos con tirarle desde el aire y veremos si en el momento de abrir la puerta del avión cree igual en el mito de Ícaro o en las leyes de gravitación newtonianas. Esta forma de pensar irrealista va en contra del *modus operandi* de la mayor parte de la humanidad. Bunge (2006: 382) recientemente afirma que “únicamente los filósofos profesan el antirrealismo y esto solo cuando escriben o enseñan”.

Bhaskar (2002: 9) va más allá cuando se refiere a esta forma de falacia epistemológica del siguiente modo: “*In postmodernism, in discourse theory, there is a general assumption that all you can do is talk about talk. It is most clearly explicit in the work of discourse theorists like Ernesto Laclau, but it is there in Derrida in a slightly different form, it is there in others associated with poststructuralism and postmodernism. So discourse becomes a kind of intertextuality, a kind of relating of one text to another text or talk. But what you have to do is to ask what is the status of that talk: is the talk real or not? If the talk is not real then it can have no causal effect, then you have to ask what is the point of the talk at all?*”.

Para no llegar al desquiciamiento intelectual del todo vale, es necesario admitir antes que no todo vale, que no todo tiene el mismo poder explicativo. La discriminación de interpretaciones solo es válida desde la existencia de criterios de demarcación. Esto es el corazón de los conceptos de ciencia sobre los que han coincidido todos los posicionamientos filosóficos (que no sociológicos); en especial todas las derivaciones del realismo científico. Que el criterio de demarcación sea un falsacionismo metodológico (las hipótesis no son verificables pero sí falseables: Popper), un falsacionismo metodológico refinado (las hipótesis no son verificables ni falseables, sino que se miden por su capacidad de explicar –heurística– más hechos que sus rivales: Lakatos), o un criterio de verosimilitud acumulativa (Niiniluoto, Toumela) dentro de la sustitución puntuada de paradigmas guiados por círculos de poder (Kuhn) o por la heurística de los programas de investigación (Lakatos), lo cierto es que la mayor parte de estos posicionamientos coinciden en que la realidad existe y que la única manera de acercarnos a ella es mediante el empleo de la ciencia. Esta consiste en articular axiomas a modo de hipótesis comprobables, cuyos resultados sean capaces de explicar parte de la hipótesis, la hipótesis completa o varias hipótesis para poder dar sustento a la categoría jerárquicamente superior de la teorías (Aronson *et al.* 1995).

Dentro del realismo científico también ha habido evolución. Cuando algunos posprocesuales critican la Nueva Arqueología usando a veces postulados de la misma de hace cuatro décadas e ignorando toda la variabilidad conceptual que abarca, también suele ser frecuente que en sus tímidas incursiones en la epistemología hablen de positivismo y se queden en Popper, Kuhn y Lakatos. Sin embargo estos tres gigantes de la filosofía de la ciencia han dejado un legado que otros epistemólogos han depurado desde hace varias décadas (Boyd 1983; Byerly y Lazara 1973; Lipton 1993; Miller 1987; Psillos 1999; Putnam 1972, 1975). Dentro del ámbito del realismo científico, la mejor expresión de esto se encuentra en el realismo científico crítico de Niiniluoto (1987, 2002) y Toumela (1973), el realismo transcendental de Bhaskar (1993, 2002) o el hilorealismo de Bunge (2006). Este último definido como combinación de materialismo, realismo y científismo.

Niiniluoto (1987, 2002) desarrolla el concepto de verosimilitud (*truthlikeness*), curiosamente parecido

al de grado de confirmación carnapiano, en el que describe que la realidad existe y es independiente de la mente, que la verdad es una relación semántica entre lenguaje y realidad, y que debe ser el objeto de la ciencia. Admitiendo la interdependencia del proceder científico y la idiosincrasia social, Niiniluoto manifiesta un concepto evolutivo de conocimiento (popperiano) en el que hay un acercamiento progresivo a la verdad y en el que defiende que las teorías e hipótesis no se falsean ni se verifican, ya que en principio todas son falsas, pero siguiendo el método científico se incrementa su verosimilitud con el paso del tiempo, al incrementar su capacidad explicativa de la realidad. En la arqueología paleolítica tenemos un claro ejemplo de esta actitud. Del concepto de que todos los yacimientos del Pleistoceno inferior son el resultado de campamentos de cazadores prehistóricos, pasando por los modelos de carroñeo y la pérdida de identificabilidad del carácter de asentamiento de dichos yacimientos hasta el momento actual en el que se presentan pruebas tafonómicas sólidas de que varios de dichos yacimientos ni siquiera son antrópicos (Domínguez-Rodrigo *et al.* 2007), lo que ha habido es una sucesión de interpretaciones acercándose cada vez más a la realidad y al descarte de muchas de las interpretaciones de antaño, en un proceso inferencial en que no todas las interpretaciones valen ni todas tienen el mismo apoyo empírico para poder explicar los procesos generadores de dicho registro (es decir, no tienen la misma capacidad de explicación).

Bhaskar (1998, 2007) intentó llevar el realismo crítico al seno de las ciencias sociales y comenta, en la misma línea que lo subrayado anteriormente, los límites de las aplicaciones conceptuales del realismo científico según se encuentra aplicado en las ciencias naturales. Los puentes epistemológicos hace tiempo que están tendidos, aunque son desatendidos por los arqueólogos dadas nuestras habituales carencias en conocimiento actualizado de la filosofía de la ciencia. Dentro de ese talante de legitimar las ciencias sociales, se ha llegado a proponer que éstas pueden encontrar mejor acomodo dentro de una “actitud histórico-natural” siempre que se mantenga el carácter científico (Turner 2007). Este autor manifiesta que las ciencias históricas mantienen una pugna desigual con las ciencias experimentales a causa de una asimetría de la manipulación de información (y de la consiguiente replicación de procesos) y por la asimetría de las teorías de fondo; mientras que en las ciencias experimentales éstas

sirven para producir más evidencia, en las ciencias históricas éstas reducen los aportes de evidencias nuevas. Esto genera un hipo-realismo; es decir, todos los argumentos normales para el realismo tienen menos fuerza que en las ciencias experimentales. La “actitud histórico-natural” a la que alude Turner (2007) distingue con claridad la limitación en la interpretación histórica, a partir de la cual es necesaria la especulación “bien informada”⁷⁵. Sin embargo, la existencia de un hipo-realismo está condicionada por la falta de limitación de las preguntas que se formulan a procesos históricos pasados. Si éstas se acotan, su tratamiento puede ser menos especulativo y más similar al de las ciencias naturales con un componente experimental; de ahí los planteamientos más comedidos de la arqueología neo-procesual.

Turner (2007) llega al absurdo de plantear una aproximación agnóstica al pasado superando la disyuntiva entre ciencias ideográficas y ciencias nomotéticas por una disyuntiva de ciencias de lo observable y de lo no observable. Asume que las ciencias históricas pertenecen a esta última categoría, cuando en realidad, muchos de los aspectos del pasado que nos interesan como arqueólogos se basan en evidencias materiales observables cuya interpretación depende de lo bien hilvanada que esté su causalidad con el presente. El tratamiento de estas evidencias sigue pues el mismo protocolo que el estudio de observables de otras disciplinas no históricas y por lo tanto, son interpretables siguiendo pautas de realismo crítico.

El realismo científico actual es plenamente consciente de la dinámica en la relación sociedad-conocimiento e individuo-conocimiento. Bhaskar (1993) distingue entre objetos intransitivos (físicos, reales) y transitivos (propiedades percibidas sensorialmente), mientras que Bunge (2006) nos habla de propiedades primarias (tal y como son) y secundarias (tal cual se perciben) o *qualia* de los objetos o cosas reales. El antirrealismo, el constructivismo social, con sus antecedentes históricos en el fenomenismo radical de Berkeley, el empirismo radical de Hume o el idealismo trascendental de Kant de los cuales son herederos los subjetivistas radicales (Schopenhauer), los fenomenólogos (Husserl) el positivismo lógico (Círculo de Viena) y los hermeneuticos, renuncian a conocer el mundo o lo reducen a una expresión fenomenológica de la percepción, en muchos casos social (Bunge 2006). La división Kantiana entre un mundo natural y un mundo cultural ha ayudado a que estas ideas tomen especial rai-

gambre en los estudios sociales –y la arqueología es parte de ellos– mientras son rechazados por las ciencias naturales. El pensamiento social produce personajes como Heidegger, Derrida o Habermas, mientras que el pensamiento científico produce pensamiento realista plural pero homogéneo en cuanto al concepto de realidad y conocimiento. No es de extrañar que sea habitual que los filósofos de la ciencia (o deberíamos decir, sociólogos de la ciencia) más reacios al realismo carezcan de conocimientos científicos mientras que la práctica mayoría de los que sí los tiene se identifican como realistas (véase una extensa expresión de esta aseveración en Bunge 2006). Bunge (1973) manifiesta, de hecho, que ningún filósofo sin un profundo conocimiento científico está legitimado para evaluar el método científico ya que sólo es capaz de percibir su aplicación pero no el alcance de su grado de verificación. Es decir, el filósofo de la ciencia debe ser filósofo y científico.

Bunge (2006: 132) no se anda por las ramas cuando cita al “gran matemático, físico, ingeniero y filósofo amateur Leonhard Euler que fue llamado con razón “superado únicamente por Newton”. Euler llamaba a los filósofos irrealistas “payasos” y decía que su motivación no era la esperanza de descubrir verdades, sino solemnemente llamar la atención. Hoy en día, el duro juicio de Euler para con el antirrealismo sería considerado una muestra de malos modales en la academia contemporánea, donde todas las doctrinas filosóficas y pseudofilosóficas, aún las más absurdas, menos originales, más estériles, nocivas y aburridas “reciben el mismo tiempo” que las escuelas de pensamiento serias. En particular, se considera que el antirrealismo es académicamente mucho más sofisticado y respetable que el realismo científico, el materialismo o el cientifismo. El antirrealismo está desfasado en relación con la ciencia y la tecnología, las cuales están orientadas a la exploración o modificación de la realidad. El antirrealismo no sólo es erróneo, es completamente destructivo, a causa de que declara el vacío total: ontológico, gnoseológico, semántico, metodológico, axiológico, ético y práctico. Tal nihilismo o negativismo integral, con reminiscencias del budismo, desalienta no solamente la evaluación objetiva y la acción racional, sino también la exploración del mundo. Se trata, en el mejor de los casos, de un juego académico”.

Esa negación de la realidad la han profesado los filósofos de la “contrarrevolución” (sensu Bunge

2006) científica: Kant y el idealismo (el mundo es una suma de apariencias), Berkeley y el fenomenismo radical (ej., lo material es ficción de la imaginación), Hume y el empirismo radical (el mundo existe pero no podemos conocerlo porque se filtra a través de la percepción) y sus herederos contemporáneos.

Está bien ser posprocesual; no estoy tan seguro de la conveniencia del constructivismo social. Si yo me dedicara a la protohistoria posiblemente yo mismo sería partícipe de muchos de los planteamientos del primero, como de hecho soy desde la distancia del Paleolítico. Sin embargo, relegar la arqueología procesual según se entiende en la actualidad al ámbito de teorías difuntas no sólo no es cierto (una parte importante del Paleolítico vive de ella) sino que tampoco es exacto: nunca se ha demostrado que fuera una teoría equivocada, sino extremadamente impopular. No obstante, de las teorías en vigor, es la que más énfasis pone en la concepción del pasado

como una verdad que es aprehensible en parte mediante el uso del método científico, siempre que se limite el tipo de preguntas que se pueden plantear, en una disciplina que no es en esencia experimental ya que jamás podremos replicar conductas del pasado sino inferirlas desde la distancia del tiempo transcurrido.

Si el objeto de la arqueología es conocer el pasado, entonces debe admitirse que ese pasado existió de forma real y que es aprehensible mediante un método. Si se rechaza el método y se niega la realidad del pasado, entonces la Arqueología no tendría más sentido que hacer discursos del presente sin contribuir al mismo. De cómo se gestiona académicamente dicho método, se encarga la sociología y la historia de la ciencia. De cómo se construye el método para aportar garantías de que nos estamos aproximando al pasado se debe encargar la filosofía de la ciencia (Bunge 1998; Niiniluoto 2002).

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Víctor M. Fernández sus sugerencias y el fructífero intercambio que este trabajo ha generado.

NOTAS

1. Curiosamente, esta obra es escasamente comentada por los críticos del procesualismo, que insisten en referirse a trabajos de Binford y de otros autores de la Nueva Arqueología hasta cuatro décadas más antiguos, sin tener en cuenta el carácter evolutivo y no fijista de las teorías.
2. La tafonomía arqueológica tiene un carácter independiente de la tafonomía paleontológica precisamente por su desarrollo histórico y particular, no obstante ambos deben su funcionamiento a la implantación de conceptos procesuales de tratamiento idéntico al que regulan las ciencias naturales.
3. El capítulo 5 del libro de Wylie (2002) contiene el análisis del debate epistemológico de la Nueva Arqueología, en el que se muestran “the arguments for scientific realism, a theory of science that, I argue, offers a much more congenial framework for the New Archaeology than does Hempelian positivism” (Wylie 2002: 24).
4. En realidad, debería haber dicho también realismo científico, ya que en su trabajo parece confundir ambos términos con las consecuencias fatales que esto tiene para su interpretación.
5. Turner (2007: 16) admite la disyuntiva entre “ciencia sólida” y “especulación”. La primera, presumiblemente guiada por criterios defendibles dentro del realismo crítico.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABERLE, D.F. (1968): Comments. *New perspectives in Archaeology* (S.R. Binford y L.R. Binford, eds.), Chicago: Aldine: 353-358.
- ALDENDERFER, M. (1991): The analytical engine: computer simulation and archaeological research. *Archaeological Method and Theory*, 3: 195-247.
- ARONSON, J.L., HARRE, R.; CORNELL WAY, E. (1995): *Realism rescued. How scientific progress is possible*. Open Court, Londres.
- BHASKAR, R. (1993): *Filosofía y Realismo Científico*. Cuadernos de Crítica, Universidad Nacional Autónoma de México.
- BHASKAR, R. (1998): *The Possibility of Naturalism: A Philosophical Critique of the Contemporary Human Sciences (Critical Realism-Interventions)*. Routledge, Nueva York.

- BHASKAR, R. (2002): *From Science to Emancipation. Alienation and the actuality of enlightenment*. Sage Publications, London.
- BHASKAR, R. (2007): *A realist theory of science*. Radical Thinkers, New York.
- BINFORD, L.R. (1962): Archaeology as Anthropology. *American Antiquity*, 28: 217-225.
- BINFORD, L.R. (1978): *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Academic Press, New York.
- BINFORD, L.R. (1981): *Bones: Ancient Men, Modern Myths*. Academic Press, New York
- BINFORD, L.R. (2001): *Constructing Frames of Reference. An Analytical Method for Archaeological Theory Building Using Ethnographic and Environmental Data Sets*. University of California Press, California.
- BINFORD, S.R.; BINFORD, L.R. (1968): *New perspectives in Archaeology*. Chicago: Aldine.
- BOYD, R. (1983): On the Current Status of the Issue of Scientific Realism. *Erkenntnis*, 19: 45-90.
- BUNGE, M. (1973): On Method in the Philosophy of Science. *Scientific Realism. Selected essays of Mario Bunge* (M. Mahner, ed.), Prometheus Books, Nueva York: 121-141.
- BUNGE, M. (1982): The revival of causality. *Scientific Realism. Selected essays of Mario Bunge* (M. Mahner, ed.), Prometheus Books, Nueva York: 57-74.
- BUNGE, M. (1998): *Philosophy of Science*. Transaction Publishers, Londres.
- BUNGE, M. (2006): *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*. Gedisa Editorial, Barcelona.
- BYERLY, R.; LAZARA, C. (1973): Realist Foundations of Measurement. *Philosophy of Science* (40): 10-28.
- CLARKE, D. (1968): *Analytical Archaeology*. Methuen, Londres.
- CLARKE, D. (1972): *Models in Archaeology*. Methuen, Londres.
- DEETZ, J.F. (1970): Archaeology as a social science: current directions in Anthropology. *American Anthropological Association Bulletin*, 33:115-125.
- DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M.; BARBA, R.; EGELAND, C.P. (2007): *Deconstructing Olduvai*. Springer, New York.
- DORAN, J.E.; HODSON, F.R. (1975): *Mathematics and computers in Archaeology*. Edinburgh University Press, Edinburgo.
- ESTÉVEZ, J.; VILA, A. (1999): *Piedra a piedra : historia de la construcción del Paleolítico en la Península Ibérica*. Archaeopress, Oxford.
- FLANNERY, K.V. (1973): Archaeology with a capital S. *Research and Theory in Current Archaeology* (C.L. Redman, ed.), Wiley, Nueva York: 47-58.
- GAMBLE, C. (1999): *The Palaeolithic societies of Europe*. Cambridge University Press, Cambridge.
- GOULD, R.A. (1978): The anthropology of human residues. *American Anthropologist*, 86: 815-835.
- GOULD, R.A. (1980.): *Living Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- KUHN, T.S. (1962): *The structure of scientific revolutions*. Princeton University Press, Princeton.
- LAKATOS, I. (1978): *The methodology of scientific research programmes*. Cambridge University Press, Cambridge.
- LIPTON, P. (1993): Is the Best Good Enough? *Proceedings of the Aristotelian Society*, 93/2: 89-104.
- MILLER, R. (1987): *Fact and Method*. Princeton University Press, Princeton.
- MORO, O. (2007): Filosofía de la ciencia y arqueología: el caso de la arqueología anglosajona. *Complutum*, 18: 9-25.
- NIINILUOTO, I. (1987): *Truthlikeness*. D. Reidel, Dordrecht.
- NIINILUOTO, I. (2002): *Critical scientific realism*. Oxford University Press, Oxford.
- POPPER, K. (1956): *Realism and the aim of science*. Bartley III, London.
- POPPER, K. (1965): *Conjectures and refutations, the growth of scientific knowledge*. Routledge & Kegan Paul, Londres.
- POPPER, K. (1972): *Objective knowledge*. Clarendon Press, Oxford.
- PSILLOS, S. (1999): *Scientific Realism: How Science Tracks Truth*. Routledge, New York and London.
- PUTNAM, H. (1972): Explanation and Reference. *Conceptual Change* (G. Pearce y P. Maynard, eds.), Dordrecht, Reidel: 175-189.
- PUTNAM, H. (1975): The Meaning of 'Meaning'. *Mind, Language and Reality* (H. Putnam, ed.), Cambridge University Press, Cambridge.
- READ, D.W.; LEBLANC, S.A. (1978): Descriptive statements, covering laws and theories in Archaeology. *Current Anthropology*, 19: 307-335.
- SCHIFFER, M.B. (1975): Archaeology as behavioural science. *American Anthropologist*, 77: 836-848.
- TOUMELA, R. (1973): *Theoretical concepts*. Springer, Nueva York.
- TURNER, D. (2007): *Making prehistory. Historical science and the scientific realism debate*. Cambridge University Press, Cambridge.
- WATSON, P.J.; LEBLANC, S.A.; REDMAN, C.L. (1971): *Explanation in Archaeology: an explicitly scientific approach*. Columbia University Press, Nueva York.
- WYLIE, A. (2002): *Thinking from things. Essays in the philosophy of Archaeology*. Univ. of California Press, Berkeley.
- ZEITLIN, R.N. (1990): Documenting the Argument for a Scientific Approach to Archaeological Inference. *Current Anthropology*, 31 (4) : 472-474.

Por una arqueología “moderna posmoderna”

In praise of a “modern-postmodern” archaeology

Oscar MORO ABADÍA

Memorial University of Newfoundland, Canada
oscar_moro_abadia@yahoo.es

Me gustaría comenzar agradeciendo al editor de *Complutum* la posibilidad de responder al artículo de Manuel Domínguez-Rodrigo “*Arqueología neoprocesual: Alive and Kicking*” en el que, además de defender la arqueología procesual con gran vehemencia, se me acusa de promover una perspectiva hiper-relativista que amenaza con tirar por la borda las conquistas de la arqueología científica. Después de leer dichas críticas, tengo la sensación de que no me expresé con claridad en mi artículo sobre filosofía de la ciencia y arqueología procesual publicado en estas mismas páginas (Moro 2007). Por ello, aprovecharé esta ocasión para, a través de un diálogo con el texto de Domínguez, exponer de una manera más precisa mi posición con respecto al debate procesualismo-posprocesualismo.

En su artículo, Manuel Domínguez hace una defensa de la arqueología procesual donde se apuntan algunas cuestiones de interés. Así, el autor propone un análisis detallado de “la variabilidad de enfoques procesuales” que permite hacerse una idea general de las diferentes interpretaciones de la Nueva Arqueología. Aunque este análisis es ciertamente interesante, lo que más sorprende es su insistencia en

negar las conexiones de la arqueología procesual con el positivismo y con Carl Hempel, así como su interés en ligar dicha corriente con el realismo científico de los Niiniluoto, Toumela, Bhaskar o Bunge. En su opinión, es precisamente “el hecho de que el procesualismo esté inserto en el realismo científico y no en el positivismo lógico [lo que] explica [...] la facilidad con la que la investigación realizada según estas premisas encuentra publicación en las revistas de *Citation Index*, dado que es el realismo científico el paradigma que regula la praxis de las ciencias naturales” (Domínguez-Rodrigo 2008). Sin negar la variabilidad a la que Domínguez hace referencia, lo cierto es que basta con repasar algunos textos clásicos para darse cuenta de la influencia que Hempel ejerció en una parte importante de la Nueva Arqueología (e.g. Fritz y Plog 1970; Martin 1971; Watson *et al.* 1971). De hecho, como intento ilustrar en la siguiente tabla, el punto de partida de Hempel y Binford era muy similar: la crítica de lo que el primero llamaba “la concepción inductivista estrecha de la ciencia” (Hempel 1966: 28-29) y el segundo el “empirismo estricto” (Binford 1983: 372, 1985: 91, 1989b: 77).

HEMPEL	BINFORD
“La concepción inductivista estrecha de la investigación científica es insostenible por varias razones [...] En primer lugar, una investigación científica, tal como ahí nos la presentan es impracticable. Ni siquiera podemos dar el primer paso, porque para poder reunir <i>todos</i> los hechos tendríamos que esperar, por así decirlo, al fin del mundo [...] Los “hechos” o hallazgos empíricos, por tanto, sólo se pueden cualificar como lógicamente relevantes o irrelevantes por referencia a una hipótesis dada, y no por referencia a un problema dado” (Hempel 1966: 28- 29)	“Los datos no hablan por sí mismos e incluso si tuviéramos completos <i>living floors</i> desde el inicio del Pleistoceno [...] estos datos no nos dirían nada sobre procesos culturales o modos de vida del pasado a menos que planteásemos las cuestiones adecuadas [...] La arqueología tiene que hacer uso de sus datos y documentos de las condiciones del pasado, proceder a formular proposiciones sobre el pasado y elaborar significados que se puedan verificar con los restos arqueológicos. Es la verificación de hipótesis lo que hace nuestro conocimiento del pasado más seguro” (Binford 1968: 14).

Por consiguiente, aunque Domínguez tiene razón en señalar que, posteriormente, muchos “nuevos arqueólogos” rechazaron o corrigieron los excesos de la filosofía hempeliana, no creo que sea razonable negar la influencia de la misma en la formación de esta corriente.

En segundo lugar, y entro directamente en la cuestión fundamental, el artículo de Domínguez cae en el mismo reduccionismo que pretende combatir: así, mientras se me acusa (seguramente con razón) de promover una imagen demasiado monolítica de la Nueva Arqueología, el autor reduce *todas* las arqueologías posprocesuales y *toda* la sociología de la ciencia a un hiper-relativismo caracterizado por la renuncia a cualquier principio de verdad y a cualquier criterio de demarcación. De este modo, el “todo vale” que con tanta frecuencia se utiliza para desacreditar el posmodernismo, se convierte en lo característico de esta interpretación de la arqueología posprocesual y de la sociología de la ciencia donde “todo vale”...lo mismo. Así por ejemplo, Domínguez considera que *todo* análisis sociológico es un intento de relativizar el conocimiento científico (seguramente está pensando en la *Actor-network theory* de Latour o el *Empirical Programme of relativism* de Harry Collins) sin darse cuenta de que, por citar algún ejemplo muy conocido, el enfoque funcionalista de Robert Merton, la *Historical sociology of scientific knowledge* de Steven Shapin o la *Sociologie du champ scientifique* de Bourdieu son una crítica del relativismo y de ciertos “delirios posmodernos” que pretenden socavar la confianza en la ciencia y, especialmente, en las ciencias sociales (Bourdieu 2001: 5-6). Lo mismo sucede con “buena parte de las arqueologías posprocesuales” que, en su opinión, “cuestionan el principio de la búsqueda de la verdad [...] y lo sustituyen por enfoques en los que subjetividad cobra preeminencia” (Domínguez-Rodrigo 2008). Es precisamente este reduccionismo lo que lleva a este autor a rechazar, en bloque, todas las teorías arqueológicas que no asuman los postulados cientifistas de la Nueva Arqueología. Sin embargo, como intentaré demostrar a continuación, si lo que se pretende es desarrollar una arqueología científica y crítica, esta tendrá que tener en cuenta (A) que existe un pasado al que es posible aproximarse científicamente y (B) que toda aproximación racional al pasado está mediada, se quiera o no, por el presente desde el que el arqueólogo escribe. En este sentido, es necesario considerar tanto la aspiración procesual de reconstrucción racional del pasa-

do como las limitaciones que, cara a la consecución de dicho ideal, las arqueologías posprocesuales han puesto sobre la mesa.

Por esta razón, me ha parecido que la frase que da título al excelente libro de Wolfgang Iser (*Unsere postmoderne Moderne*, 1987) es quizá la más adecuada para describir un proyecto que, más allá del debate entre procesuales y posprocesuales, nos permita proyectarnos definitivamente hacia el siglo XXI. Como el título del libro de Iser sugiere, hemos llegado a un momento en el que es necesario conciliar nuestra creencia en el proyecto moderno (que en nuestro caso remite a la posibilidad de una reconstrucción racional del pasado) con las críticas posmodernas, algunas ineludibles, que dicho proyecto ha suscitado. Por consiguiente, sólo a través de ese ejercicio de reflexividad (una “*Aufklärung* de la *Aufklärung*”, por decirlo en términos kantianos) seremos capaces de construir un conocimiento más fidedigno del pasado. En primer lugar, es evidente que la arqueología científica nos ha permitido mejorar de manera sustancial nuestro conocimiento sobre el pasado más lejano. Así, hoy podemos datar con precisión buena parte del arte prehistórico conocido, podemos reconstruir patrones de asentamiento y de movilidad de grupos que vivieron hace miles de años o podemos determinar muchos de los tipos y las funciones de los útiles que construyeron dichas sociedades. Al menos una parte importante de todo ello se debe a la Nueva Arqueología, que con su énfasis en la elaboración rigurosa de hipótesis, en el uso estricto del concepto de “explicación”, en la generalización del método nomológico-deductivo y en la necesidad de adoptar modelos epistemológicos procedentes de las ciencias naturales nos permitió reconstruir, como nunca antes, el modo de vida de las sociedades prehistóricas.

Sin embargo, la arqueología procesual se olvidó de algo fundamental: la reconstrucción racional del pasado está necesariamente condicionada, influida o determinada por el presente en el que vivimos. Esto es algo que han puesto de manifiesto diferentes autores y diferentes teorías (desde el postestructuralismo francés hasta la hermenéutica filosófica de Gadamer, pasando por la filosofía del lenguaje o por la sociología del conocimiento) y que, para aquellos que pretendemos movernos dentro de los límites de la propia razón, parece fuera de toda duda. Volviendo a la arqueología, es evidente que dicha ciencia ha sido utilizada con fines políticos, que la dominación masculina ha significado un desigual

acceso de hombres y mujeres al pasado o que nuestra representación de dicho pasado está condicionada por las categorías e ideas dominantes en nuestro presente. En definitiva, durante los últimos años, además de acceder a una cierta “verdad” a propósito del pasado, también hemos empezado a comprender mejor la auténtica naturaleza de esa “verdad” científica. De este modo, el reconocimiento de estas *dos verdades* (la de la arqueología procesual y la de la arqueología posprocesual o, si se prefiere, la del pasado lejano y la de las condiciones que determinan dicha verdad) se ha convertido en indispensable para seguir produciendo un conocimiento científico riguroso y responsable.

Claro que habrá quien se pregunte: ¿acaso no le estamos haciendo el juego al relativismo al afirmar que la verdad científica está determinada por otra verdad, la de sus condiciones sociales de producción? Para responder a esta pregunta es necesario recordar que el conocimiento de las condiciones sociohistóricas que influyen, nos guste o no, en la práctica científica es la única manera de contrarrestar, hasta cierto punto, dichos factores. Como decía Bourdieu, la reflexividad es fundamental porque permite “liberar a los intelectuales de sus ilusiones

y, en primer lugar, de la ilusión de no tener ilusiones” (Bourdieu 1992: 168). En este sentido, la ciencia no se consigue negando *mágicamente* los condicionantes socio-históricos que pesan sobre nuestro conocimiento sino, por el contrario, obligándonos y autorizándonos a reconocerlos. Dicho de otro modo, profundizar en aquello que nos determina lleva consigo la posibilidad de una acción encaminada a neutralizarlo.

En este sentido, creo que debemos apostar por una arqueología “moderna posmoderna” que, investigando sobre los factores que pesan sobre nuestro presente, avance hacia un conocimiento cada vez más riguroso del pasado. Para ello, creo que deberíamos hacer nuestras aquellas palabras de Spinoza en el *Tratado de la reforma del entendimiento* con las que concluyo: “Por otra parte, cuantas más cosas ha llegado a conocer la mente; mejor comprende también sus propias fuerzas y el orden de la Naturaleza; y cuanto mejor entiende sus fuerzas, tanto mejor puede dirigirse a sí misma y darse reglas; y cuanto mejor entiende el orden de la Naturaleza, más fácilmente puede librarse de esfuerzos inútiles. En esto consiste, como hemos dicho, todo el método” (Spinoza 1662: 90).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BINFORD, L.R. (1968): Archaeological Perspectives. *New Perspectives in Archaeology* (S. Binford y L.R. Binford, eds.), Aldine, Chicago: 5-32.
- BINFORD, L.R. (1983): Reply to “More on the Mousterian: Flaked Bone from Cueva Morín”, de L. Freeman”, *Current Anthropology*, 24: 372-377.
- BINFORD, L.R. (1985): “Brand X” versus the Recommended Product. *Debating Archaeology* (L.R. Binford, ed.), Academic Press, Londres: 89-101.
- BINFORD, L.R. (1989): Coping with Debates Tactics. *Debating Archaeology* (L.R. Binford, ed.), Academic Press, Londres: 75-79.
- BOURDIEU, P. (1992): *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Seuil, Paris.
- BOURDIEU, P. (2001): *Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Anagrama, Barcelona, 2003.
- DOMÍNGUEZ-RODRIGO, M. (2008): Arqueología procesual, *alive and kicking*. *Complutum*, 19 (en este volumen)
- FRITZ, J.M.; PLOG, F.T. (1970): The nature of archaeological explanation. *American Antiquity*, 35 (4): 405-412.
- HEMPEL, C.G. (1966): *Filosofía de la Ciencia Natural*. Alianza, Madrid, 1973.
- MARTIN, P.S. (1971): The Revolution in Archaeology. *American Antiquity*, 3 (1): 1-8.
- MORO ABADÍA, O. (2007): Filosofía de la ciencia y arqueología: el caso de la arqueología prehistórica anglosajona. *Complutum*, 18: 9-25.
- SPINOZA, B. (1662): *Tratado de la reforma del entendimiento*. Alianza, Madrid, 1988.
- WATSON, P.J.; LEBLANC, S.A.; REDMAN, C.L. (1971): *El método científico en arqueología*, Alianza, Madrid, 1974.
- WELSCH, W. (1987): *Unsere postmoderne Moderne*. Acta Humaniora, Weinheim.

Sobre el conocimiento y la “verdad del pasado”

On knowledge and “the truth of the past”

Almudena HERNANDO GONZALO

Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid
hernando@ghis.ucm.es

Tras leer el artículo de Manuel Domínguez, llego a la conclusión de que coincido plenamente con la intención y el argumento principal del artículo (es necesario establecer criterios de demarcación que pongan freno a los excesos de relativismo que en ocasiones se han producido en la disciplina), aunque discrepo con alguna de las declaraciones que contiene. Al preguntarme por la razón de semejante ambivalencia llego a la conclusión de que se debe a que el artículo se mueve en dos niveles distintos de argumentación, que me es necesario discriminar para poder dar cuenta de mi posición al respecto: aunque el autor explicita claramente (desde el título) su intención de referir toda su reflexión a la Arqueología del Paleolítico e insiste en ello reiteradamente, en realidad a lo largo de las páginas se refiere a algo mucho más abstracto, profundo y de mayor alcance: qué es el conocimiento del mundo, y hasta qué punto el pasado es cognoscible y a través de qué métodos. Defiende la necesidad de aplicar los principios del realismo científico que caracterizan a la Arqueología procesual para el estudio del Paleolítico, si bien acepta que para quienes se dedican a estudiar otros periodos cronológicos o incluso aspectos no puramente subsistenciales dentro del Paleolítico, resulta “imperativo acudir a un nuevo posicionamiento teórico”. Sin embargo, la crítica que hace a la Arqueología posprocesual es tan fuerte y descalificadora, que no queda resquicio para poder imaginar cuál puede ser ese nuevo posicionamiento. La impresión que queda es que para defender argumentos completamente válidos se desestiman las posibilidades del paradigma contrario, abocando el argumento a una situación en la que no parece existir otra salida que mantenerse en el paradigma procesual, se trate o no de investigar el Pa-

leolítico, a pesar de las expresas declaraciones en contra del propio autor cuando se trata de periodos posteriores.

Considero un acierto discriminar el objetivo de la investigación arqueológica, aunque yo no establecería la dicotomía entre Paleolítico/no-Paleolítico, sino entre el carácter humano o no-humano de los procesos o dinámicas que se someten a análisis. Entiendo por “humano” las dinámicas referidas a las interrelaciones establecidas a cualquier nivel entre representantes del *Homo sapiens* moderno, protagonistas de la historia a partir del Paleolítico Superior. La cultura que se produce a partir del 50.000 a.C. presenta una característica que la diferencia de forma esencial de todas las formas de cultura del Paleolítico Inferior y Medio: el uso de símbolos. A través de ellos, el *Homo sapiens* comenzó a atribuir al mundo significados que no eran inherentes a él, otorgándole una trascendencia que multiplicaba las áridas dimensiones de lo material. A partir de ese momento, el ser humano comenzó a interpretar el mundo de formas distintas, lo que podría no tener ninguna trascendencia para la Arqueología si no fuera porque cuando el mundo se entiende de formas distintas, se reacciona de maneras diferentes frente a él. Y esto puede llegar a incluir los procesos subsistenciales, tal y como está demostrando el estudio de los tabúes alimenticios en poblaciones de cazadores actuales (Politis y Saunders 2002). Nada de eso pasaba en el Paleolítico Inferior y Medio, y de ahí que esté completamente de acuerdo con Manuel Domínguez en que la arqueología procesual tiene un campo idóneo de aplicación en estos dos periodos iniciales de la humanidad, así como en “los procesos de formación del registro que tienen su causalidad en agentes físicos y bióticos”, corres-

pendientes a cualquier otro periodo histórico. Sin embargo, no creo que la Arqueología procesual sea adecuada para tratar dinámicas de comportamiento humano, lo que incluye a las del Paleolítico Superior. Tomaré el asunto desde otro lado para explicar mejor mi posición.

Entiendo que el concepto de “verdad” al que se alude hace referencia a la cualidad de representar un fenómeno *tal cual es*. Esto implica que para creer en que existe algo como la “verdad” de ese fenómeno debe asumirse que éste es sólo *de una manera*, que es recurrente y presenta siempre la misma lógica, aquella cuyo descubrimiento y representación constituye el objetivo de la Ciencia. En este sentido, además, la Ciencia es predictiva, pues desentrañar (y representar en un modelo) la mecánica causal de un proceso significa comprender las causas de su recurrencia. Sin duda ninguna, la descripción que un cirujano cardíaco-vascular pueda hacer de una enfermedad nerviosa será más ajustada a su mecánica causal, y por tanto será más predictiva, que la de un curandero. Ahora bien, esto no es un problema de la misma naturaleza que juzgar y “predecir” los comportamientos, funciones sociales, económicas, etc., del cirujano y el curandero, y creo que la Arqueología procesual confunde ambos planos. La Arqueología no discute si existe o no la “verdad” cuando hablamos de una enfermedad nerviosa, de la luna o de la fuerza gravitacional, sino si existe cuando hablamos del significado que esos elementos tienen dentro de distintas sociedades y del comportamiento y reacciones que generan en función de ese significado. Porque si queremos aplicar los principios del realismo científico al estudio de las sociedades humanas del pasado, es necesario defender que el comportamiento humano es recurrente, invariable, *de una sola manera*, y que se puede predecir conforme a una lógica que es siempre la misma (como la enfermedad nerviosa o la fuerza gravitacional). Pero si hacemos esto, estaremos atribuyendo a todos los grupos humanos la misma lógica de comportamiento que tiene nuestro propio grupo, asumiendo que lo que es verdad para nosotros –sobre el mundo, las relaciones humanas, la lógica económica, la valoración del espacio o de los cambios– es Verdad en términos universales. Y entonces simplemente estaremos haciendo lo que han hecho siempre las religiones, y el colonialismo, el imperialismo o la globalización: considerar que hay Una Verdad que emana de nuestra propia manera de entender el mundo, e imponerla como Verdad Objeti-

va a todos los demás seres humanos. La Arqueología no puede perpetuar esa manera de (no) entender a los “otros” grupos humanos. No puede comparar la dinámica de la cultura con cualquier otra dinámica no-humana. No es posible incurrir en esta etnocéntrica equivocación. Así que no creo que se trate de que el objeto de estudio sea la Arqueología del Paleolítico en sí, sino si estamos hablando de dinámicas culturales a partir de *Homo sapiens* moderno –para los que no sirven los procedimientos de las Ciencias Naturales– o de dinámicas de comportamiento de especies anteriores en el Paleolítico Inferior y Medio o de procesos físicos y bióticos de cualquier periodo histórico –para los que sí sirven–.

Ahora bien, dicho esto, concuerdo completamente con Manuel Domínguez en la idea de que es necesario un criterio de demarcación si lo que queremos es producir conocimiento sobre el pasado, porque de otra manera se abre la puerta a todo tipo de excesos narrativos, retóricos y vanos, que hacen de la Arqueología un mero ejercicio literario. Pero si el criterio no es el del realismo científico ¿cuál puede ser? Coincido también en que la hermenéutica no lo proporciona, porque al entender que el conocimiento deviene de un acto de intuición subjetiva que aproxima un primer sentido –que luego debe corroborar–, incurre en el mismo problema de imposición de su propia subjetividad, su propia Verdad (en la que dice no creer) a la interpretación del pasado. ¿Qué hacer entonces? Éste es el punto en el que creo que el artículo llega a un callejón sin salida, pero no como un problema que quepa atribuirle, sino porque no está en la intención del autor seguir por ese camino, sino defender la viabilidad de la Arqueología procesual para sus trabajos en el Paleolítico Inferior. Ahora bien, en mi opinión, ésa es la dificultad y la principal vía de exploración que tiene pendiente la Arqueología: encontrar criterios de demarcación dentro de la convicción de que no hay verdades universales en lo que al comportamiento humano se refiere.

Creo que el artículo no trata con justicia las aportaciones que han hecho las posiciones estructuralistas, postestructuralistas y en general la teoría del discurso a la comprensión de la cultura humana, porque en mi opinión, sólo a través de ellas puede abrirse una salida a este problema. Creo que existe un orden de racionalidad, una lógica común a cada conjunto social que es necesario descubrir para movernos dentro de los parámetros de “verdad” que le corresponden, antes de proceder a atribuir signifi-

cados desde nuestra intuición o desde nuestra ciencia, es decir, desde nuestra propia verdad. Ese orden lógico se puede descubrir de forma objetiva, y en este sentido científica, porque existen regularidades estructurales que como tales se cumplen necesariamente (de lo que resulta que se pueden predecir) entre diversos parámetros de la cultura (por ejemplo, entre grado de complejidad socio-económica, deseo o resistencia al cambio, posibilidad de desplazamientos por el espacio, etc.). Y creo que sólo una vez encontrado ese marco es posible interpretar de forma creíble el comportamiento de un grupo humano dado. Es decir, coincido con Manuel Domínguez en que hay que creer en alguna medida en la “verdad” de lo que decimos sobre el pasado (yo diría sobre los “otros” en general, del pasado o del presente), que lo que decimos debe poder sustentarse con argumentos no subjetivos. Pero tal vez debamos colocar en otro lado esa “verdad” y no creer que consiste en que la lógica del comportamiento humano ha sido siempre la misma, sino en entender los mecanismos que rigen el establecimiento de las diferentes lógicas, o las diferentes modalidades que puede adoptar la lógica humana. De ahí que crea que una de las principales vías de exploración que tiene abierta la Arqueología del *sapiens* es buscar los parámetros que nos permitan aproximarnos de forma fiable a las lógicas u órdenes de racionalidad en que se sustentaron las distintas formas culturales. La dicotomía no es realismo científico *versus* “expresión fenomenológica de la percepción, en muchos casos social”, como se dice en el texto citando a Bunge, sino que existen puntos intermedios que ofrecen esperanzas y posibilidades para la investigación del pasado.

Resulta muy oportuno que Manuel Domínguez nos plantee reflexionar sobre esta cuestión, porque sólo debatiéndola conseguiremos abrir caminos en esa dirección, para poder neutralizar tanto los discursos llenos de retórica que se siguen generando desde el lado posprocesual, como el discurso evolucionista y etnocéntrico que, aunque de forma inconsciente y sutil, es inherente al lado procesual. Porque en lo que discrepo del artículo de Manuel Domínguez es en que sean sólo los hermenéuticos

los que se dediquen a hacer un discurso sobre el presente. Hay que partir del hecho de que el pasado no existe como la luna o la fuerza gravitacional. No tiene una expresión material que de cuenta de su existencia. Las sociedades orales no interpretan los restos arqueológicos como evidencias de un tiempo pasado organizado en etapas sucesivas, lo que quiere decir que nuestra comprensión de esos restos se inserta en marcos explicativos construidos siempre desde el presente. Así que es fundamental tener claras las implicaciones para el presente de los posicionamientos que utilizamos. En mi opinión, lo que hicieron los posprocesuales fue precisamente poner de manifiesto este hecho, y demostrar que los procesuales estaban hablando del presente cuando pretendían estar investigando el pasado. Demostraron que al actuar como si sólo existiese *una manera* de ser “humano”, los procesuales colocaban a todos los seres humanos en una escala definida a través de los rasgos que nos definen a nosotros, con el objetivo último, fundamental a pesar de no ser reconocido, de confirmar nuestra superioridad frente a ellos. Al no admitir la “diferencia” en los comportamientos humanos, nuestro grupo del presente era siempre la medida de los demás y la confirmación de este hecho el objetivo más elemental de la investigación procesual.

Supongo que cada uno ve la amenaza que se ciñe sobre sí mismo y sus propias posiciones con una claridad que no son capaces de percibir quienes no se sitúan en ellas, pero el hecho es que no me parece que la Arqueología procesual esté sufriendo ataques tan fuertes como los que Manuel Domínguez percibe. Por el contrario, yo diría que es el paradigma más fuerte, con mucha diferencia, en el conjunto del mundo académico actual (lo que vendría demostrado por los datos relativos al *Citation Index* incluidos en el texto). En ese sentido, me parece que es también muy de agradecer el esfuerzo y la honestidad de que hace gala el autor para reflexionar sobre el ámbito de investigación donde es legítima su aplicación, y los ámbitos en los que serían aplicables otros paradigmas. Nos queda, a quienes no nos dedicamos a las etapas iniciales de la humanidad, continuar esa reflexión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- POLITIS, G.; SAUNDERS, N. (2002): Archaeological correlates of ideological activity: food taboos and the spirit-animals in an Amazonian hunter-gatherer society. *Consuming Passions. Archaeological studies of material culture* (P. Miracle y N. Milner, eds.), McDonald Institute Monographs, Cambridge University Press, Cambridge: 113-130.

Arqueología y filosofía: otra ciencia es posible

Archaeology and philosophy: another science is possible

Víctor M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid
victormf@ghis.ucm.es

Reconozco que me sorprendió leer el artículo de Manuel Domínguez-Rodrigo. Por un lado muy gratamente, porque las publicaciones teóricas son muy escasas en la arqueología española, pero también porque puede parecer fuera de lugar defender la arqueología procesual a estas alturas. Me explico: no es solo que los peores ataques al procesualismo hayan tenido su punto álgido hace ya un par de décadas, sino que en los países anglosajones, sobre todo los Estados Unidos, la corriente resistió bastante bien y hoy aparece como paradigma dominante en la mayoría de los ambientes académicos. Si nos ponemos en el contexto de nuestro país, esta defensa recuerda un poco a las que hicimos algunos allá por la segunda mitad de los ochenta, en un intento más bien vano de poner nuestra profesión a la moda anglosajona. Ahora bien, las mejores críticas de su artículo no van contra nuestros hoy todavía ubicuos histórico-culturales sino contra los escasos representantes, originales unos y otros neoconvertos como quien esto firma, del inicio posprocesualismo. En bastantes aspectos, el trabajo de Domínguez se inscribe en las llamadas a rebato que sacudieron a parte de la intelectualidad norteamericana hace unos años: las “guerras de la ciencia”, conocidas por el libro de Gross y Levitt (1994) y la respuesta de Ross (1996), el artículo falsificado de Sokal, etc.

Por un lado, estoy totalmente de acuerdo con la posición general del artículo. En nuestro país, apoyar a la ciencia y el método científico es promover una modernización social que todavía no hemos alcanzado totalmente. De alguna manera, patrocinar una concepción racional del mundo, basada en la experiencia acumulativa y el aprendizaje a partir de los errores, es paralelo a defender la propia democracia, también asentada en compaginar las opinio-

nes, necesariamente opuestas y contingentes, de un enorme número de personas. La mentalidad científica es asimismo una protección contra todo tipo de dogmas, religiosos o políticos (recuérdese la ofensiva fundamentalista cristiana contra la teoría de la evolución en los Estados Unidos), así como frente a ideologías malsanas que amargan la vida a mucha más gente de lo que normalmente se piensa. Por eso son todavía necesarias posturas públicas militantes en su favor, como las que defienden historiadores de la ciencia y publicistas científicos, en ocasiones con el apoyo del humor (Mingote y Sánchez Ron 2008), o filósofos que creen que la búsqueda de la objetividad por parte de los científicos, superando los sesgos y condicionamientos prácticos, constituye una elevada moral propia de valor comparable al de otras éticas como las religiosas o políticas (Echeverría 2002). Ahora bien, esa búsqueda, como todo lo demás, ha ido cambiando a lo largo del tiempo, hasta llegar de forma natural a preguntarse por sus propios fundamentos.

El modelo canónico de “ciencia” que defiende Domínguez es el implantado en las ciencias físico-naturales, cuya base teórica fue construida por intelectuales y filósofos desde Francis Bacon a Karl Popper. En esencia, obviando las múltiples variantes que se pueden distinguir en filosofía de la ciencia a lo largo del siglo XX y que Domínguez resume en su artículo, consiste en un marco de referencia teórico que permite, usando un lenguaje consensuado por toda la comunidad científica, plantear proposiciones generales que sean contrastables con la realidad experimental. De dónde vienen esas proposiciones, si de la observación de los datos concretos (inducción) o de otros contextos teóricos (deducción), ha sido uno de los caballos de batalla filosó-

ficos, al igual que el estatus de las hipótesis que superan la prueba de los datos: si son verdades establecidas que describen exactamente los fenómenos (realismo) o si son simplemente verdades a medias o incluso solo “útiles ficciones”, siempre provisionales a la espera de nuevos datos que las desmientan y lleven a nuevas y mejores explicaciones (falsacionismo de Popper, paradigmas y revoluciones científicas de Kuhn). A la segunda corriente se la suele llamar convencionalismo o instrumentalismo, y el debate realismo-instrumentalismo ha dominado la escena de la filosofía de la ciencia durante los últimos decenios, al igual que la oposición racionalismo-relativismo lo ha hecho en el campo de la historia y sociología del conocimiento.

Los instrumentalistas dicen, con bastante razón, que nadie nos asegura que nuestras construcciones mentales sobre la realidad sean las únicas posibles, y que las teorías siempre estarán “subdeterminadas” por los datos, es decir, las mismas observaciones se pueden explicar por distintas teorías. En algunos terrenos donde la realidad estudiada es sencillamente imposible de observar directamente (electrones, fotones de rayos X, el famoso *Big Bang*, etc.), su postura parece coherente. Sin embargo, los realistas aducen algo aún más incontestable: dado que las teorías predicen la realidad y el futuro con un grado de acierto considerable, y que en ellas se basa toda nuestra triunfante civilización tecnológica, lo más natural es pensar que se corresponden fielmente con la realidad, y que han sido “descubiertas” y no “inventadas”.

Como muchos científicos desconocen estas polémicas, seguramente no sabrían contestar si les preguntáramos por su postura al respecto, pero está claro que su trabajo diario se basa en una concepción fundamentalmente realista. Sin embargo, quienes crean las ideas nuevas que hacen avanzar a la ciencia, o en los momentos de crisis paradigmáticas cuando aparecen datos nuevos y problemáticos, seguro que están siguiendo, consciente o inconscientemente, una orientación instrumentalista. La historia de la ciencia muestra cómo muchas hipótesis nuevas no surgieron directamente de los datos que pretendían explicar, sino que en gran parte eran puras construcciones mentales que solo a posteriori, y naturalmente no todas ellas, se mostraron como “ciertas” tras una larga contrastación con las evidencias (Chalmers 1984).

El artículo de Domínguez defiende una postura realista extrema que primero se enfrenta con el ins-

trumentalismo clásico de las ciencias naturales (positivismo lógico) y luego a la versión más exagerada del instrumentalismo, hoy de moda en una parte de las ciencias sociales, el constructivismo social ligado al posmodernismo. Pero ambas críticas parten de una premisa previa y decisiva por la que debemos empezar: el método de las ciencias naturales es el modelo básico de la arqueología, al menos en el estudio del período paleolítico. En mi opinión, esta distinción cronológica resulta difícil de aceptar: aunque las condiciones empíricas y las tradiciones investigadoras sean distintas en el Paleolítico y la Protohistoria, la separación implica aceptar a priori que la “desventaja epistémica” de trabajar con restos tan escasos y antiguos obliga a una cierta limitación o inferioridad científica que los propios paleontólogos, como por ejemplo Stephen J. Gould, se niegan a aceptar (“diferencia metodológica pero igualdad epistémica”, cit. en Turner 2007: 6).

En cierto que los arqueólogos estamos justo en medio de las famosas “dos culturas” separadas de Charles P. Snow, la humanística y la científica, pero también que del ser humano estudiamos su conducta cultural y por ello estamos sin duda más cerca de la primera de ellas. Aunque necesitemos de la ayuda de muchas ciencias físico-naturales, desde la geología a la química o la física nuclear, nuestra responsabilidad específica consiste en construir proposiciones discursivas sobre las sociedades del pasado, y no sólo sobre los artefactos o los huesos que nos han llegado de ellas. Una de las consecuencias de aplicar el realismo de las ciencias naturales a la prehistoria, según se desprende del texto de Domínguez (pp. 197), sería tener que renunciar a la etnoarqueología, un método actualista e indirecto que permite afirmar muchas cosas sobre el pasado con cierta verosimilitud. Tras esa dejación, los estudios “científicos” del Paleolítico deberían limitarse por fuerza a la esfera subsistencial (qué y cómo se comía por aquel entonces) y dejarse de especulaciones sobre lo social y simbólico que es, sencillamente, inalcanzable. En mi opinión, los arqueólogos en tanto que humanistas tenemos la suerte de poder sostener cosas sobre la realidad del pasado (como hacen, no solo otros historiadores sino también ciertos naturalistas como los paleontólogos) sin que tengamos una certeza absoluta sobre ellas. Si resulta que, como el enfermo de Molière, hemos sido toda la vida antirrealistas sin saberlo, pues qué le vamos a hacer. Que desde la estrecha perspectiva realista de Mario Bunge y compañía nos coloquen juntos a

toda la ancha banda que va del método hipotético-deductivo hempeliano y la rigurosa etnoarqueología de Binford (habitualmente considerados como “realistas”, p.ej. Krieger 2006: 99-105) al constructivismo radical de Shanks y Tilley, no es poco consuelo.

Desde una mayoría de posiciones procesuales, cuyo cientificismo de los primeros años se ha atemperado entre otras cosas por efecto de la crítica posprocesual, se acepta hoy la inevitabilidad de los elementos subjetivos y los valores personales en la interpretación arqueológica. Un ejemplo reciente fue el “Gran debate” habido en la Universidad de California-UCLA en 2003 entre dos prestigiosos arqueólogos sobre la interpretación de los restos israelíes supuestamente de la época bíblica de los reyes David y Salomón (cit. en Krieger 2006: 110-19). El tema tiene bemoles, pues se trata de saber si la arqueología confirma o no la existencia de un gran reino judaico en el siglo X a.C. cuya extensión coincidía aproximadamente con el moderno estado de Israel. El caso es que cada uno de ellos, Larry Stager de Harvard y Israel Finkelstein de Tel Aviv, presentaron una gran cantidad de datos “científicos” solo en parte coincidentes (estratigrafías, cronologías cerámicas, fechas radiocarbónicas, etc.) de los que extraían conclusiones completamente diferentes: curiosamente, era el segundo quien negaba la versión oficial, acusándola de tratar por todos los medios de concordar con la Biblia, y afirmando que los supuestos restos salomónicos son realmente más modernos, del siglo IX a.C. Cualquier arqueólogo conoce ejemplos parecidos al anterior y los explica fácilmente por el hecho de que los yacimientos han tenido todos ellos historias diferentes y ninguno proporciona los datos suficientes para obtener la imagen completa que buscamos. De todas formas, y aunque diga que la arqueología, más que para descubrir el templo de Salomón o el palacio de la reina de Saba, está para algo más importante como es conocer mejor el contexto socio-económico de aquellas épocas, Krieger no puede evitar una reflexión pesimista sobre la imagen que damos los arqueólogos como científicos cuando no somos capaces de ponernos de acuerdo sobre un hecho tan sencillo como el anterior, en una de las zonas más excavadas y con mayor información disponible del mundo (Ibíd.: 115).

Como es lógico, para un realista lo más bajo que se puede caer es en el pozo dónde están aquellos que aceptan con todas sus consecuencias los elementos subjetivos de la ciencia, causados por su condición

eminente discursiva y el propio contexto social donde nace, es decir, los constructivistas o posmodernistas o posprocesuales. Parece que una mayoría de los filósofos de la ciencia (todavía muy metafísicos y poco heideggerianos) rechazan hoy el constructivismo a un nivel general, pero no ocurre lo mismo con los historiadores y sociólogos de la ciencia (Latour, Barnes, Bloor, la escuela de los Estudios Sociales del Conocimiento o SSK, etc.). El hecho de que tras decenios de furioso debate la cuestión no sólo no se resuelva sino que las posturas sigan igual o más separadas, parece en sí mismo una prueba a favor del relativismo constructivista y en detrimento del optimismo realista.

Es algo obvio que la repetida acusación de *negar la existencia de la realidad* que algunos positivistas-realistas hacen a los constructivistas, sobre todo a su versión más revolucionaria del “análisis del discurso”, y que Domínguez recoge en su trabajo, es insostenible. En un ejemplo entre otros muchos, podemos citar el argumento de Laclau y Mouffe (1993: 118): “La madera será materia prima o parte de un producto manufacturado u objeto de contemplación en un bosque u obstáculo que nos impida avanzar; la montaña será protección contra un ataque enemigo o lugar de excursión turística o fuente para la extracción de minerales, etc. La montaña no sería ninguna de esas cosas si yo no estuviera aquí: pero eso no significa que la montaña no exista”. También es conocida la absurda crítica de que los posmodernos podrían negar el holocausto judío por los nazis: ya que las afirmaciones de una ciencia, y por lo tanto los propios “hechos”, son construidos por la comunidad científica, ésta sería libre de decidir hipotéticamente tal inexistencia. Pero es evidente que, igual que no se pueden decir infinitas cosas sobre una montaña, tampoco se puede decir cualquier cosa sobre el holocausto judío, y también que entre las que son “decibles”, unas serán más aceptables (en cada circunstancia o momento histórico concreto) que otras. Por supuesto que los historiadores todavía discuten las razones profundas del holocausto, económicamente irracional para la maquinaria de guerra nazi (con algunos historiadores “revisionistas” intentando minimizar su importancia), y salvando las distancias, podemos recordar que antes de Steno los naturalistas medievales creían que en el interior de las montañas los estratos geológicos creían como las ramas de un árbol.

Otro ataque clásico al constructivismo es que no posee un criterio de demarcación entre ciencia y no

ciencia, y Domínguez pone el ejemplo de un curandero y un cirujano cardio-vascular: según él, para el constructivismo serían epistemológicamente comparables. Está claro que si la acusación fuera cierta no habría más que ver a quién acuden los constructivistas cuando están enfermos para poner a prueba la solidez de sus creencias. En serio, el que todos consideremos que la medicina moderna cura mejor las enfermedades que la brujería tradicional (algo que también piensan en África, donde se va al curandero cuando por desgracia faltan el médico o las medicinas occidentales), no quiere decir que despreciemos a la segunda como pura superchería, que no nos interese la fuerza social que todavía posee, contra toda nuestra lógica, en los ambientes urbanos (como esos “maestros africanos” que continuamente se anuncian en el Metro de Madrid), o que pensemos que la cirugía actual ha llegado a un nivel insuperable de conocimientos. Al respecto es interesante recordar que desde posturas constructivistas, en concreto feministas, se ha denunciado que la investigación en enfermedades del corazón ha estado durante décadas orientada casi exclusivamente a pacientes masculinos, sin una base empírica real para ello (Schiebinger 2001: 20-1). Es curioso también que sobre el otro ejemplo de Domínguez, la interpretación de las pirámides de Giza por egiptólogos y ufólogos, se puede aducir un interesante caso constructivista: la postura teórico-política conocida como “Negritud” y su pariente el “Afrocentrismo” se apoyaron, entre otros datos muy discutibles cuando no claramente falsos, en el supuesto carácter original negroide de la famosa esfinge de ese lugar (Vercoutter y otros 1983: 88).

El problema de las disputas entre modernos y posmodernos, lo que hace que nunca se pueda llegar a un acuerdo, es que estamos hablando de cosas distintas creyendo algunos que hablamos de lo mismo. En lo que respecta a las ciencias naturales, los constructivistas dan mucha importancia al contexto social de la investigación, mientras los realistas piensan que es meramente circunstancial y no afecta a la esencia de la práctica analítica, que debería acabar siendo totalmente libre de esos condicionantes externos lo antes posible. Pero un ejemplo muy reciente sugiere que ese momento ideal todavía está lejano: de todos es conocido que muchos científicos, algunos bastante prestigiosos, se negaron a aceptar los datos del cambio climático (en algunos casos se pudo comprobar cierto tipo de “financiación” interesada por las empresas petroleras) y de hecho no

han acallado su oposición hasta que las pruebas han sido tan palmarias que incluso para el público más ignorante el calentamiento se ha vuelto algo evidente. Otro caso lo podemos extraer del propio artículo de Domínguez, cuando para reforzar la posición realista une a sus ventajas epistemológicas la mayor probabilidad de publicar en las revistas del *Citation Index*: si tu teoría es buena, tendrás mayor impacto. Pero es algo claro que dicho sistema se maneja desde Norteamérica, donde la hegemonía de la arqueología procesual es manifiesta, con lo cual estamos frente a un círculo cerrado y ante una nueva muestra de algo que los sociólogos descubrieron hace tiempo, a saber, que “la ciencia es sólo aquello que hacen los científicos”.

Pero tanto el realismo como el constructivismo teóricos son en esencia actitudes metafísicas: ¿Cómo podemos saber si lo que decimos es una copia de la realidad o una imagen inventada aunque eficaz de la misma? La respuesta es: de ninguna manera (Fine 1986, cit. en Turner 2007: 31 y *passim*). Claro que, como sucede con todos los paradigmas, son necesarias posiciones de principio indemostrables para, simplemente, poder trabajar. Pero entonces quizás sea más prudente abandonar el campo de la filosofía pura y juzgar esas posturas por sus resultados prácticos: “por sus obras los conoceréis”. Podemos muy bien adoptar la posición de Lakatos, un filósofo más bien racionalista y realista que creía que los modelos científicos estaban permanentemente en lucha, e intentar evaluar estos dos “programas” en función de cómo se presenta su heurística, positiva o negativa, la primera planteando nuevas líneas de investigación y descubriendo hechos nuevos, la segunda limitándose a proteger el núcleo central de creencias antiguas para evitar su derrumbe.

Aunque tal vez sea pronto para decir quién acabará llevando el gato al agua, en mi opinión la arqueología posprocesual presenta perspectivas más progresistas que los epígonos realistas que estamos viendo de la antigua Nueva Arqueología. En contra de lo que a veces afirman sus enemigos, la arqueología posprocesual no desprecia los problemas científicos tradicionales de la disciplina, como la cronología o la base económica de los grupos prehistóricos. La cuestión para ella es ir más allá, intentando aproximarse a aspectos fundamentales y hasta hace poco ignorados, tales como la división social, la ideología o el género. Curiosamente, desde muy pronto existen datos que permiten inferir cosas en esos ámbitos: por ejemplo, el cráneo de un anciano

sin dientes de Dmanisi, de unos 1.7 millones de años, sugiere un tipo de solidaridad de grupo, pues el homínido debió alimentarse con ayuda de los demás, desconocido en otras especies animales. Por otro lado, los posprocesuales no pueden cerrar los ojos al hecho de que las circunstancias políticas y sociales que rodean al investigador intervienen en la ciencia, como ocurre en todas las disciplinas humanas: si en la interpretación de un acontecimiento reciente, como por ejemplo la Guerra Civil española, sobre la que disponemos de una ingente información, no hay ni parece que vaya a haber pronto un consenso de los historiadores sobre muchos de sus

aspectos, causas, consecuencias, etc. y es normal aceptar que un historiador de derechas va a opinar de forma diferente a otro de izquierdas, ¿en virtud de qué misteriosa aptitud vamos a comportarnos los arqueólogos de distinta manera? Aceptar conscientemente que la historia siempre es una “historia del presente” (p.ej. Moro, en prensa), con el corolario de que nuestra actividad científica no solo satisface cierta curiosidad sobre el pasado sino que es políticamente eficaz ahora mismo (Fernández 2006), no es en absoluto el menor de los beneficios de practicar una arqueología posprocesual y crítica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHALMERS, A.F. (1984): *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (2ª edición), Siglo XXI, Madrid.
- ECHEVERRÍA, J. (2002): *Ciencia y valores*. Destino, Barcelona.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Crítica, Barcelona.
- FINE, A. (1986): Unnatural attitudes: Realist and instrumentalist attachments to science. *Mind*, 95: 149-179.
- GROSS, P.; LEVITT, N. (1994): *Higher superstition: The academic left and its quarrel with science*. Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- KRIEGER, W.H. (2006): *Can There Be a Philosophy of Archaeology? Processual Archaeology and the Philosophy of Science*. Lexington Books, Oxford.
- LACLÁU, E.; MOUFFE, C. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- MINGOTE, A.; SÁNCHEZ RON, J.M. (2008): *¡Viva la ciencia!* Crítica, Barcelona.
- MORO ABADÍA, O. (en prensa): Beyond the Whig history interpretation of history: lessons on ‘presentism’ from Hélène Metzger. *Stud. Hist. Phil. Sci.*, 30, 2008.
- ROSS, A. (ed.) (1996): *Science Wars*. Duke University Press, Durham.
- SCHIEBINGER, L. (2001): Woman and science: why does it matter? *Women and Science- Making Change Happen* (A. Colosimo, B. Degen y N. Dewandre, eds.), European Communities, Luxemburgo: 16-25.
- TURNER, D. (2007): *Making Prehistory. Historical Science and the Scientific Realism Debate*. Cambridge University Press, Cambridge.
- VERCOUTTER, J.; BLANC, N.; OBENGA, T.; LECLANT, J. (1983): *Poblamiento del antiguo Egipto y desciframiento de la escritura meroítica*. Serbal/UNESCO, Barcelona.

Una arqueología moderna pasa por no renunciar a su contenido científico.

Respuesta a mis colegas posprocesuales

A modern archaeology must not abandon its scientific endeavour. A reply to my post-processual colleagues

Manuel DOMÍNGUEZ- RODRIGO

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid
m.dominguez.rodrido@gmail.com

Esta es una oportunidad excelente de debate, que resulta poco común en el panorama académico nacional, donde con frecuencia se confunde disensión con confrontación. Agradezco a mis compañeros la oportunidad de discutir tan abiertamente cuestiones teóricas que figuran de manera prominente en la manera en que se concibe la arqueología en estos momentos. Tres de mis colegas han tenido la gentileza de aportar su réplica a mi artículo original. Voy a desarrollar a continuación mis reflexiones sobre sus comentarios.

En teoría, uno no debe ser dogmático cuando hablamos de paradigmas en arqueología. Máxime cuando nos referimos a marcos conceptuales tan tangencialmente distantes como son los paradigmas procesuales y los posprocesuales, ubicados en universos diferentes y desconectados, destinados a no entenderse bien: unos (los procesuales) intentan explicar la realidad de una manera científica porque creen en ella; los otros (muchos de los posprocesuales) o no creen en la realidad o si lo hacen, son escépticos de que sea comprensible de un modo objetivo. Aunque no soy dogmático, lo que sí puede ser uno es categórico en el tratamiento de algunas proposiciones posprocesuales. Para no seguir el juego que Bashkar (2002: 9) imputa a los posmodernistas de “*talking about talking*”, sin justificar que aquello de lo que se habla exista, prefiero hacer frente a algunas de las afirmaciones de mis colegas críticos con información empírica y de manera lógica.

¿Ha muerto el procesualismo? Algunos así lo afirman sin mayor justificación. Yo argumentaba que en la investigación del paleolítico, desde luego que no ha sido así. Basta con echar un vistazo al paradigma de las publicaciones arqueológicas publicadas en las 4 revistas de mayor impacto en nuestra profesión en los últimos años (por cierto, con predominio de la arqueología paleolítica sobre la protohistórica) para darse cuenta de ese hecho. La figura 1 muestra que si el procesualismo ha muerto en algún momento, debe considerarse como una teoría “zombi” (o cristiana, según se mire) porque ha vuelto a resucitar. Está viva y coleando, como decía yo anteriormente. Es la espina dorsal de la arqueología prehistórica estadounidense. La arqueología que se publica en *Journal of Human Evolution*, *Evolutionary Anthropology*, *Journal of Anthropological Archaeology* y *Current Anthropology* está dominada por los trabajos procesuales. Si añadimos lo publicado en las revistas generales de máximo impacto como *Nature*, *Science* o *Proceedings of the National Academy of Sciences*, la diferencia es aún más notable. Luego el paradigma procesual, en el mundo de las publicaciones de alto impacto, tiene una posición hegemónica. Esta diferencia se haría incluso más sobresaliente si hablamos de la arqueología científica, que está presente de manera predominante en estas revistas y de manera abrumadora en otras como *Journal of Archaeological Science*, donde lo posprocesual difícilmente encuentra acomodo. Ne-

¿Qué clase de ciencia es la arqueología?

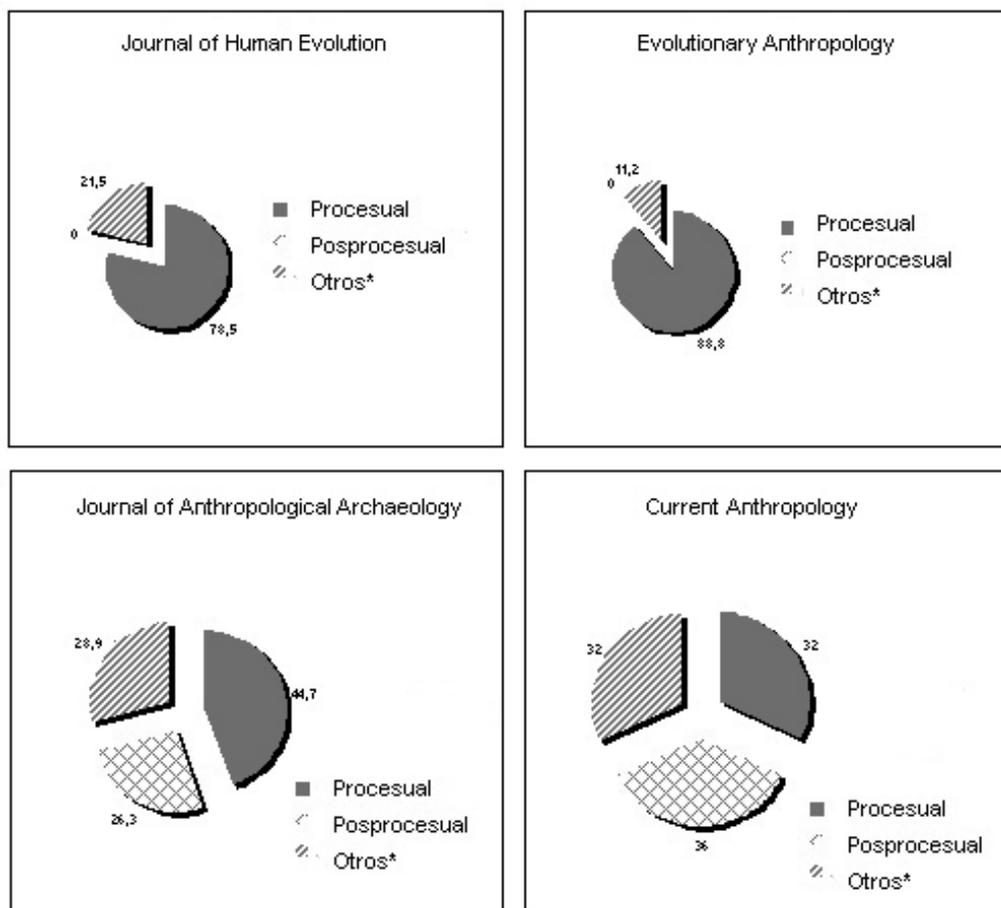


Figura 1.- Distribución porcentual de trabajos procesuales y posprocesuales en las mayores revistas de impacto de nuestra profesión (ultimo informe ISI). Se han seleccionado las revistas donde suelen publicarse trabajos arqueológicos y no sólo artículos de antropología física y paleontología. El orden de impacto de las revistas seleccionadas es: *Journal of Human Evolution* (3.3), *Evolutionary Anthropology* (1.9), *Current Anthropology* (1.6), *Journal of Anthropological Archaeology* (1.2). Se han tabulado sólo los artículos no teóricos con aplicación de método de estudio e interpretación de información arqueológica correspondientes a los años 2006 y 2007 para todas las revistas y parte de 2005 también para *Journal of Anthropological Archaeology*. No se han estudiado los años anteriores por la limitación de tiempo disponible para preparar esta respuesta. *Annual Review of Anthropology* se ha excluido por no presentar en el período indicado más que dos artículos que reúnen las condiciones indicadas y *Journal of Archaeological Science* (1.3) también se ha excluido por mostrar una descompensación de trabajos a favor de la arqueología científica y procesual. El número de artículos incluidos en la clasificación son: 28 (JHE), 9 (EA), 38 (JAA) y 25 (CA). En la categoría "Otros" se incluyen artículos que pertenecen a paradigmas pre-procesuales (p.ej. histórico-cultural) o a aspectos técnicos concretos como son dataciones, tipologías, análisis físico-químicos, prospección, descubrimiento y descripción de yacimientos nuevos. La mayor presencia de trabajos de corte posprocesual en *Current Anthropology* se explica porque su comité editorial ha estado dirigido en los últimos años por antropólogos culturales, único bastión en la antropología estadounidense donde lo posmoderno tiene mayor relevancia que lo procesual y por lo tanto, se observa un mayor número de publicaciones de antropología social que de arqueología.

gar estos datos es negar la realidad, pero eso es tónica habitual de varias tendencias posprocesuales.

En esta línea me alegra comprobar que tanto Almudena Hernando como Víctor Fernández observan la discusión con espíritu crítico y señalan, primero,

como subraya Fernández, que el paradigma procesual es el hegemónico en la arqueología mundial y segundo, como indica Hernando, que varias aseveraciones de las posiciones posprocesuales son injustificables. Celebro la defensa que hace Hernando de

la utilización de criterios de demarcación y su crítica a la hermenéutica como paradigma del que extraer conocimiento del pasado. También me alegra comprobar que Oscar Moro ha reconsiderado su posición y que ha pasado del relativismo absoluto¹ de su trabajo anterior, en el que declaraba abiertamente el abandono de todo tipo de criterio de demarcación, a una postura pseudo-relativista que admite la disyuntiva ciencia y no ciencia. Eso está bien ya que una cosa es la sociología (y disciplinas allegadas) y otra diferente el contenido metodológico de la arqueología. Mezclar ambos aspectos conduce a confundir churras con merinas. Es como si dijéramos que la física no es una ciencia sino una actividad intelectual que está determinada por aspectos sociológicos, ya que unos físicos se sirven de ella para apoyar su creencia en Dios y otros para negarla. Sea cual sea el uso social que se haga de los conocimientos procedentes de la física, lo cierto es que la manzana de Newton cae con idénticas propiedades en Pekín y en Tombuctú.

Mi colega Hernando hace una reflexión razonada del uso del término “verdad” y me plantea una cuestión que no estoy seguro de poder resolver. Máxime porque la utilización de semejante término parece ser sinónimo de realidad. Para el realista hay una realidad verdadera, objetiva, real. ¿Cómo se concilia la verdad de un hecho con su expresión multicultural? El planteamiento de dicha cuestión se hace en el seno de una preocupación fundamental tanto de Hernando como de Fernández, como es el estudio de dinámicas sociales y simbólicas humanas. Si dichas dinámicas responden a criterios coyunturales dependientes del contexto histórico, entonces ocurre que para un realista la reconstrucción de dicha cuestión en el pasado resultaría inalcanzable. Pero para ello es necesario justificar adecuadamente que el tema de las relaciones humanas responde a dinámicas endógenas de los grupos humanos y no a una conjunción de razones entre las que figuren factores exógenos. La intromisión de estos últimos sí podría llevar aparejados ciertos elementos deterministas y por consiguiente, repetitivos y predecibles.

Asumir que toda expresión social y simbólica del ser humano es coyuntural supone asumir entre otras cosas la falta de racionalidad en la toma de decisiones humanas. Sin embargo, nuestro intento por comprender la subsistencia humana en el pasado nos ofrece claros ejemplos de que la toma de decisiones y la diversidad de adaptaciones humanas al

medio son bastante racionales. Si eso sucede en la esfera subsistencial, a muchos posmodernos les queda por delante la tarea de demostrar que no sucede otro tanto en la esfera social y simbólica. Por ello, aunque nunca conoceremos la semiótica de las poblaciones del pasado y sus formas de pensamiento (no tenemos ninguna manera de vincularlas a un marco contrastable), a lo mejor sí podemos acercarnos de manera procesual a una parte de su conducta social. Como mencionaba anteriormente, estas cuestiones no figuran en la agenda de muchos neo-procesuales actuales. (Sin embargo, véase Binford 2001 para una opinión contraria con respecto a cómo reconstruir dinámicas sociales en el pasado.) Del razonamiento de Hernando puedo seguir su lógica hasta el extremo de comprenderlo por completo a pesar de que disienta de algunas cuestiones menores. Es obvio que si uno está interesado en estudiar dinámicas de pensamiento de sociedades del pasado el enfoque procesual no es el más adecuado. Pero no por ello hay que excluirlo, ya que es la mejor opción para responder a muchos otros tipos de pregunta.

En cambio, no coincido con Víctor Fernández en que el ser realista implique renunciar a la etnoarqueología; no creo que esa denuncia se desprenda de mis argumentos. El mayor desarrollo etnoarqueológico se ha producido en el seno de investigaciones paleolíticas, orientadas, eso sí, a cuestiones abordables de manera científica y no a proposiciones discursivas del pasado que tienen difícil su contrastabilidad y su justificación para ser enlazadas con el presente. Con este fin precisamente surgió la teoría de alcance medio, en el seno mismo de la arqueología procesual. La etnoarqueología es uno de los pilares referenciales de la zooarqueología, por ejemplo.

El caso que presenta mi colega Fernández, citando a Krieger, como ejemplo de la falta de resolución interpretativa (y por lo tanto científica) con respecto a la discusión de si en el siglo X a. C. existía un reino judaico en Palestina, no lo considero acertado. De hecho ilustra adecuadamente mi postura realista. Un enfoque científico permite resolver cuestiones estratigráficas, aportar fechas e informaciones sobre cuestiones puntuales de cómo se elaboraban cerámicas y su potencial utilidad, cómo vivían en el asentamiento en cuestión, qué función tenían las estructuras del hábitat, etc., las cuales en el caso de ambos contendientes resultan ser coincidentes porque ambos han usado el mismo método científico para derivarlas. La forma en que dichos contendien-

tes van más allá de lo que la información estrictamente científica puede proporcionar, para aproximarse a una cuestión que en estos momentos está más allá de nuestro entendimiento empírico, es sólo un botón de muestra de cómo varían las interpretaciones cuando éstas parten de posicionamientos que no contienen suficiente apoyo científico o de preguntas que no tienen posibilidad de contrastación. Es la diferencia entre interpretación científica y especulación (véase más abajo).

Yo soy un partidario de la heurística de los argumentos. Por ello, no puedo sino volver a mostrar mi desacuerdo con Moro en varios de los puntos que señala. Moro se extraña de que haya negado los vínculos entre la arqueología procesual y el positivismo. Dicha reacción posiblemente tiene mucho que ver con la falta de discusión en el discurso de Moro de las diferencias que existen entre el positivismo y el realismo crítico, algunas de las cuales quedaban expuestas en mi artículo pero han sido obviadas por mi colega. Es indudable que el positivismo hempeliano figura en el discurso de algunos autores procesuales (eso ya lo había apuntado yo anteriormente), precisamente en los aspectos del positivismo en que Hempel se asemeja más al realismo crítico; fundamentalmente en la crítica de la inducción y en la adopción del método hipotético-deductivo. Básicamente ahí se terminan las similitudes entre este posicionamiento epistemológico y la praxis de la mayor parte de las figuras procesuales más importantes del siglo XX. Pero es necesario afirmar que la adopción del método hipotético-deductivo no es un invento del positivismo sino del realismo y que Popper ya lo promovió epistemológicamente con anterioridad a la visión iconoclasta de Hempel. Moro confunde la actitud de algunos arqueólogos procesuales con la tendencia mayoritaria de toda la corriente de pensamiento procesual. Binford no puede considerarse hempeliano: Moro sólo ha encontrado un argumento de Hempel y Binford que muestra un parecido formal pero ese argumento es precisamente el que Hempel comparte con los realistas críticos. Desde un hempeliano estricto, la interpretación del pasado no sería posible, por una larga serie de razones, media docena de las cuales aparecen expuestas en mi artículo. Hempel no es un realista. Como muy bien afirma Bunge (2006: 96), “las características más conocidas del positivismo lógico son su semántica, su gnoseología empirista, la defensa del análisis lógico, y un amor no correspondido por la ciencia”. Según Hempel, no es posible

tener certeza en la contrastación de una hipótesis, ya que hay una clara separación entre las afirmaciones teóricas y las empíricas. Para ver un posicionamiento radicalmente opuesto sobre cómo se elabora conceptualmente la interpretación de dicho pasado véase el libro de Binford (2001): *Constructing Frames of Reference*; es lo menos hempeliano que me viene a la mente.

Que el deductivismo del positivismo hempeliano haya tenido alguna influencia sobre algunos cultivadores de la arqueología procesual no debe confundirse con que la articulación epistemológica genérica de esta corriente se haya vertebrado en torno al realismo crítico, tal y como argumento que es el caso. La razón fundamental es que el positivismo lógico llevado a sus últimas consecuencias es un paradigma irrealista. No concibe que la realidad sea aprehensible (Bunge 2006). Para muchos arqueólogos partidarios de reconstruir el pasado (realistas) y no sólo interpretarlo (relativistas), la realidad de ese pasado es un hecho y su aprehensibilidad sólo se posibilita mediante paradigmas que establecen un puente entre el mismo y el presente. Por si acaso le cabe alguna duda a Moro de que el paradigma hegemónico de la praxis procesual es el realismo crítico y no el positivismo lógico, le insto a que vea la opinión de alguien de mayor peso académico en teoría arqueológica que los implicados en este intercambio como es Wylie (2002), quien afirma exactamente lo mismo.

En segundo lugar, yo no he afirmado en mi artículo que “todo análisis sociológico (sic) sea un intento de relativizar el conocimiento científico”. Le puedo asegurar a Moro que en mi crítica ni “la *Actor-network theory* de Latour o el *Empirical Programme of relativism* de Harry Collins” han jugado ningún soporte para la reflexión. Una cosa es un estudio sociológico y otra bien diferente es un paradigma o posicionamiento teórico. Un estudio sociológico sería establecer los vínculos entre ingresos económicos y pensamiento político, por ejemplo. Un paradigma es un posicionamiento comunitario en el que los que investigan asumen una serie de premisas teóricas que van a guiar su proceso interpretativo indistintamente de cual sea su objeto de estudio. Mi artículo va dirigido al segundo y critica efectivamente los movimientos posmodernistas principales y la ligazón que une a los que han tenido mayor éxito en su implantación académica como son los postestructuralistas, hermenéuticos, marxistas, constructivistas y fenomenologistas, que no es otra

cosa que el cuestionamiento de la realidad y la apertura al relativismo. No digo en ningún momento que todos estos planteamientos sean iguales (de hecho algunos son ampliamente divergentes), pero a la mayoría les une, como movimientos teóricos, la concepción de que la realidad no existe o no es objetivamente detectable, que la ciencia es un constructo social, que no deben existir criterios de demarcación y que toda interpretación tiene idéntica validez. Todos ellos son pues relativistas. Esto no tiene nada que ver con ser reduccionista sino con llamar a las cosas por su nombre. Una vez más Moro confunde lo que son actitudes individuales de determinados teóricos iconoclastas (como Bourdieu) con los postulados principales de los movimientos teóricos posmodernistas. Mi crítica, tengo que insistir una vez más, va destinada a los segundos, ya que los primeros no son representativos de la gama de paradigmas posmodernos.

Yo no rechazo todos los posicionamientos teóricos que “no asuman los postulados científicas de la Nueva Arqueología”, sino que pongo de relieve que los presupuestos en los que ésta se basa no son creación de dicho paradigma, sino que forman parte de un concepto más ampliamente aceptado de ciencia que se plantea en términos disyuntivos: o se aceptan como tales para realizar cualquier investigación o se rechazan en bloque. No existe la posibilidad de quedarse con parte de ellos, los que nos resulten más convenientes, como tampoco existen centenares de formas de hacer ciencia, como correspondería si la ciencia fuera un constructo social que responde a circunstancias coyunturales. Los procesuales asumimos que efectivamente “toda aproximación racional al pasado está mediada, se quiera o no, por el presente desde el que el arqueólogo escribe”. Conociendo ese sesgo, intentamos responder a una gama de preguntas donde las respuestas estén condicionadas al mínimo por dicho contexto y dependen más de criterios científicos, es decir, contrastables mediante un método que exija la presencia de criterios de demarcación. Aquellas respuestas que están más condicionadas por el entorno desde el que se formulan que por su capacidad de estar fundamentadas en referentes empíricos las relegamos al campo de la especulación.

Esta actitud es la que ha figurado en el pensamiento científico desde sus albores. La estructura lógica de cómo Copérnico extrajo a la Tierra del centro del universo, de cómo Kepler depuró el trazado elíptico de las órbitas planetarias o de cómo

Newton explicó la atracción de los cuerpos es básicamente similar a la de un físico nuclear del siglo XXI al estudiar el átomo, ya que es la misma que ha guiado el pensamiento científico desde Bacon hasta el presente. El conocimiento ha cambiado porque es evolutivo y ha permitido desarrollar herramientas que lo han ampliado de manera exponencial, pero la organización conceptual del proceder científico sigue siendo en esencia el mismo a pesar del cambio histórico de los contextos.

Usando este enfoque, un arqueólogo de dentro de un siglo podría hipotéticamente alcanzar conclusiones similares (o mejoradas, ya que el conocimiento sigue una progresión y la tecnología disponible le permitiría llegar más allá de las interpretaciones a las que la actual nos limita) aunque su contexto histórico-social sea distinto. En la manera en que se resuelven dichas preguntas pesa más el método científico que las circunstancias orteguianas del investigador. Es necesario recordar que Moro (justo como hacen frecuentemente varios postestructuralistas y hermenéuticos) no nos da un sólo ejemplo de “cómo las condiciones sociohistóricas influyen en la práctica científica” (simplemente lo da por hecho), precisamente porque su paradigma niega la posibilidad racional de contrastar interpretaciones opuestas. Citar a autores postestructuralistas y hermenéuticos como hace Moro para justificar su aseveración no hace sino dar mayor fundamento a mi crítica. Debo desempolvar algunos criterios de estos posicionamientos para demostrar que en realidad sus premisas no pueden comulgar con las realistas y que los constructivistas, en contra de lo que afirma Fernández, son alérgicos a la realidad.

El postestructuralismo (Foucault) y el deconstruccionismo (Derrida) pueden interpretarse como teorías posmodernistas, en contraposición al modernismo, entendido como todo intento de explicar el mundo de manera racional, empírica y objetiva². La razón, desde el punto de vista posmoderno se entiende como un constructo contextual. Foucault niega la objetividad y con ella la posibilidad de reconstruir la realidad humana. Una contradicción no explicada es que Foucault admite que las ciencias sociales y las naturales funcionan de manera diferente, abriendo la puerta a la posibilidad de una menor subjetividad para las últimas (Foucault 1970; contra Althusser). Derrida, influido por Heidegger y Nietzsche, usa la deconstrucción para interpretar los textos que explican la condición humana (que para empezar nunca son un reflejo del mundo) y sugiere

que todo texto conlleva ambigüedad y que por tanto, es imposible elaborar una interpretación final del mismo. Es importante recalcar que para el posmoderno (fundamentalmente para el postestructuralista) no existe una vía objetiva para evaluar juicios de valor, verdad o realidad. Para Derrida siempre existen interpretaciones alternativas a un hecho y no hay ninguna manera de evaluar la validez de cada una de ellas. Se trata de reventar los cimientos del racionalismo (existe una realidad externa al sujeto que es aproximable mediante un método de análisis discriminador) y sustituirlo por un paisaje de multiplicidad de interpretaciones que conviven con un mismo estatus. En definitiva, el postestructuralismo rechaza la existencia de verdades absolutas o hechos acerca del mundo (Derrida 1983). Foucault (1970) va más allá al decir que la ciencia es un mito que debe ser superado. La ley de la gravedad y el mito de Ícaro sobreviven al mismo nivel de legitimidad académica.

Esto enlaza con el argumento de Víctor Fernández que manifiesta que los constructivistas no niegan la realidad y que si esta “acusación fuera cierta no habría más que ver a quién acuden los constructivistas cuando están enfermos para poner a prueba la solidez de sus creencias” (galeno versus curandero). Dando la vuelta al argumento anterior, los constructivistas que prefieren el médico al curandero (como el que enfrentado a una escotilla a 10.000 m. de altura se decanta por Newton en vez de Ícaro) están ejerciendo un acto de incoherencia (ya que están siendo *realistas racionales*), puesto que en sus declaraciones epistemológicas manifiestan que ambas opciones son igual de válidas. A lo mejor, lo que necesitan los constructivistas es un golpe de *realidad* para darse cuenta de sus convicciones. Y si no que alguien me explique cómo se pueden hacer semejante tipo de manifestaciones en el púlpito académico como las recogidas en el párrafo anterior y decantarse en la praxis por las mismas opciones que un realista. A esto es a lo que se refiere Bunge (2006) cuando dice que el anti-realismo es sólo un juego académico, que en la práctica ningún anti-realista se comporta como tal. Como ejemplo de dicha contradicción y grado de paroxismo irracional permítaseme citar el caso de Foucault. En vida, dicho teórico, en gesto coherente con sus principios, manifestó que el SIDA era un constructo social generado por determinados estamentos para imponer un tipo de moral social concreto. La ironía quiso que dicho intelectual muriese de esta enfermedad,

por lo cual sus seguidores postestructuralistas se encuentran ante la siguiente disyuntiva: ¿murió su gurú de un proceso viral fácilmente identificable mediante el microscopio y la analítica bioquímica o falleció de un constructo social?

Mi estimado colega Fernández tiene razón al afirmar que la ciencia es lo que hacen los científicos, pero en un sentido distinto. Los científicos, es decir, aquellos profesionales que obtienen conocimiento que se traduce en predicciones de procesos, y medios para modificarlos, han aportado un resultado empírico y práctico del conocimiento de la realidad. Para ellos, el cuestionamiento de la existencia de la realidad no es ni siquiera concebible con desconexiones esenciales en el hipotálamo. Ellos conocen parte de la realidad y la manipulan diariamente para darnos curas frente a enfermedades (que existen realmente y obedecen a procesos que cuando se comprenden sirven para conseguir antídotos) como hacen los bioquímicos y médicos con la detección de disfunciones orgánicas y la creación de medicinas nuevas; para diseñar la mayor parte de la tecnología que sirve desde para desplazarse a la Luna y estudiar Marte, pasando por sostener aviones en el aire, hasta el diseño de chips y microconductores de nuestros ordenadores o nuestras televisiones de plasma, como hacen los físicos y sus técnicos, los ingenieros; para estudiar el universo y predecir eclipses como hacen los astrónomos; para descubrir depósitos de petróleo en el subsuelo y reconstruir la historia geológica de la tierra como hacen los geólogos, etc. Es decir, la mayor parte de su trabajo consiste en descubrir trozos de realidad que permiten mejorar nuestro conocimiento de la misma y de paso nuestra calidad de vida. Como apunta mi colega Vega Toscano (com. pers.) uno cuando va al facultativo no le pregunta si su posicionamiento teórico es estructuralista, dialéctico o hermenéutico ya que su diagnóstico no depende de otra cosa que la puesta en práctica del método científico que comparte con otros científicos como los mencionados y una larga lista de otros.

Bajo ninguna consideración comparto la aseveración de Fernández de que “tanto el realismo como el constructivismo teóricos son en esencia actitudes metafísicas”. El texto de Hernando distingue con claridad desde una postura posprocesual que ese no es el caso. Esto resulta tan sacado de quicio como decir que el destino y el libre albedrío son en esencia lo mismo. Para empezar, la metafísica (es decir lo que está más allá de la física) se diferencia

de la *Physis* en que ésta última es abordable de manera empírica y mediante contrastación. La metafísica es por esencia construida por el pensamiento humano. Para Aristóteles era el estudio del alma y la personalidad humanas. Su Metafísica era la continuación de su Física (es decir el mundo de lo observable). Si hay algo en lo que el realismo se ha demarcado bien claramente de otros paradigmas es en declararse en las antípodas de la metafísica y restringirse a aquello que sólo es físico. Un constructivista podría argumentar con más o menos éxito si había un reino judaico en Palestina en el siglo X a. C. Un realista diría que salvo que el reino judaico tuviese alguna expresión física fácilmente identificable dicha cuestión queda fuera del rango de preguntas que puede abordar de manera eficaz. Fernández se pregunta que “cómo podemos saber si lo que decimos es una copia de la realidad o una imagen inventada aunque eficaz de la misma”; pues bien, el realismo nos dice primero que jamás podremos estar seguros de copiar la realidad, pero si somos capaces de obtener una imagen eficaz de la misma significa que estamos mucho más cerca de la realidad que en aquellos casos donde producimos copias ineficaces. Para distinguir unas de otras existen los criterios de demarcación. El intento de perseguir copias eficaces de la realidad distingue al realista del constructivista que piensa que ambos tipos de copias son igual de válidos.

Una arqueología “moderna posmoderna” sería pues una quimera conceptualmente inviable debido a que cada una de las premisas de posturas tan radicalmente diferentes reventaría en su confrontación con su equivalente en la teoría opuesta. Y una arqueología concebida como una “historia del presente”, con el corolario de que nuestra actividad científica no sólo satisface cierta curiosidad sobre el pasado sino que es políticamente eficaz ahora mismo” se convierte en un discurso que nada tiene que ver con la ciencia (ya que no estudia el pasado real, tal cual fue; y lo que más me preocupa es que éste parece no interesarle) y que conlleva el riesgo de utilizar una realidad distorsionada para justificar una agenda política. Esto a mi juicio es éticamente rechazable. El pasado no está para justificar como nos gustaría que fuera el presente sino para comprenderlo.

Los posprocesualistas tendrían más éxito en sus aseveraciones si argumentaran que la arqueología en particular no puede ser considerada como una ciencia objetiva en vez de intentar deconstruir la ciencia en general y negar de paso la existencia de

la realidad. Esto último es epistemológica y lógicamente (sensu stricto) indefendible. Lo primero sí sería mucho más justificable, dado el carácter no contrastable de la arqueología como disciplina histórica de conductas y culturas humanas y no de procesos físicos (y por lo tanto, sometibles a leyes) como es, por ejemplo, la geología. Sin embargo, la implicación última de esta aseveración sería que no existe una sola arqueología (o esfera de conocimiento dentro de la misma), sino muchas y que algunas de ellas sí serían abordables desde un punto de vista científico, como es el caso que pretendía justificar con determinadas corrientes en el Paleolítico. Esas aproximaciones no son exclusivas del Paleolítico. Un vistazo a *Journal of Archaeological Science* nos muestra su abrumadora presencia en muchas de las preguntas que se hacen en ámbitos protohistóricos e incluso históricos. Sólo basta con acotar el rango de preguntas que se formulan y que el proceso de su estudio siga la aplicación de los principios básicos del método científico. El que existan esas arqueologías no niega la validez de algunas aseveraciones posprocesuales sino que las reafirman al otorgar al arqueólogo la posibilidad de elección. El fundamentalismo anti-procesual niega esa posibilidad de libertad. El posicionamiento neo-procesual del presente artículo la reafirma. Podemos elegir paradigma en función de las preguntas que queramos responder o de cómo queramos responderlas. Un ejercicio de coherencia que sigue a esa elección es asumir que nuestra decisión puede conllevar respaldo científico y epistemológico o todo lo contrario.

Los posprocesuales, al igual que los sofistas en la Antigua Grecia, dominan la retórica. Los sofistas abandonaron la ciencia, la filosofía, las matemáticas y la ética y las suplantaron por la persuasión, difundiéndola de manera peripatética. Dicha retórica les servía para defender cualquier postura, indistintamente de que fuera correcta o incorrecta. Platón en *El Sofista* les conceptualizaba no como buscadores de la verdad sino como buscadores de riqueza. Muchos posprocesuales igualmente no buscan la verdad. Defienden con idéntico ahínco posturas epistemológicamente correctas e incorrectas. Son los sofistas del siglo XXI.

En la película “Indiana Jones y la última cruzada” se veía en una de las secuencias finales a Indiana teniendo que dar un salto de fe para salvar el abismo bajo sus pies. Pues bien, si hubiera caído se encontraría que el fondo de ese abismo está lleno de arqueólogos posprocesuales.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi sincero agradecimiento a mis colegas Víctor M. Fernández, Almudena Hernando y Oscar Moro por el honesto intercambio de opiniones. Al primero va un especial reconocimiento por haber sido el artífice de esta sección especial de debate, y principal promotor de esta iniciativa.

NOTAS

1. No es una lectura subjetiva sino literal de sus argumentos cuando manifiesta que hay que renunciar “a la verdad, la coherencia, la inducción o la deducción. Desde hace tiempo la disciplina se ha convertido en una multiplicidad donde tienen cabida enfoques tan distintos como la sociología, el constructivismo, la historia o el relativismo” (Moro 2007: 21)

2. De ahí que la propuesta de una arqueología “moderna posmoderna” resulte un sinsentido ya que ambos conceptos nunca pueden ir conceptualmente juntos puesto que sus premisas principales son auto-excluyentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BHASKAR, R. (2002): *From Science to Emancipation. Alienation and the actuality of enlightenment*. Sage Publications, London.
- BINFORD, L.R. (2001): *Constructing Frames of Reference. An Analytical Method for Archaeological Theory Building Using Ethnographic and Environmental Data Sets*. University of California Press, California.
- BUNGE, M. (2006): *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*. Gedisa Editorial, Barcelona.
- DERRIDA, J. (1983): Letter to a Japanese Friend. *A Derrida Reader: Between the Blinds* (J. Derrida y P. Kamuf, eds.), Harvester, Londres: 271-276.
- FOUCAULT, M. (1970): *Arqueología del saber*. Ed. Siglo XXI, México.
- MORO ABADÍA, O. (2007): Filosofía de la ciencia y arqueología: el caso de la arqueología anglosajona. *Complutum*, 18: 9-25.
- WYLIE, A. (2002): *Thinking from things. Essays in the philosophy of Archaeology*. Univ. of California Press, Berkeley.